

E. TRUJILLO

ÁLBUM
DE
"EL PORVENIR"

Un hombre se presta maravillosamente á servir de símbolo para todo lo humano.

. . . .

En la historia del Nuevo Mundo, en la página consagrada á los mártires y á los precursores, brillará el nombre de más de un cubano, al lado de los de Miranda, Hidalgo y Abasolo, y con iguales títulos.

ENRIQUE J. VARONA.

VOLUMEN II

NEW YORK:
IMPRENTA DE "EL PORVENIR"
1891



JOSÉ DE SAN MARTÍN

JOSÉ DE SAN MARTÍN

NACIÓ en Yapeyú (República Argentina) el día 25 de febrero de 1778. Murió en Boulogne (Francia) el 17 de agosto de 1850. La vida y los hechos de San Martín son de trascendencia tal, que determinan el cambio, la transición extraordinaria que se operó en colonias que pasaron á ser pueblos independientes y libres.

La pluma brillante del escritor y pensador cubano José Martí, se ha encargado del juicio que de San Martín presentamos, como Prólogo á este segundo volumen del ÁLBUM DE "EL PORVENIR." Dice así: —

SAN MARTÍN

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial, seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fué sobre él, y le leyó en el botón de la casaca el nombre del cuerpo: "¡Murcia!" Era el niño pobre de la aldea jesuita de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidos años de guerra española, empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento á los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre á su espada, fué por Máipu á redimir el Perú; se alzó Protector en Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires; murió en Francia, con su hija de la mano, en una casita llena de luz y flores. Propuso reyes á la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su

propia gloria, retuvo la dictadura, visible ó disimulada, hasta que por sus yerros se vió minado en ella, y no llegó sin duda al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. Pero calentó en su cabeza criolla la idea épica que aceleró y equilibró la independencia americana.

Su sangre era de un militar leonés y de una nieta de conquistadores; nació siendo el padre gobernador de Yapeyú, á la orilla de uno de los ríos portentosos de América; aprendió á leer en la falda de los montes, criado en el pueblo como hijo del señor, á la sombra de las palmas y de los urundeyes. Á España se lo llevaron, á aprender baile y latín en el seminario de los nobles; y á los doce años, el niño "que reía poco" era cadete. Cuando volvió, teniente coronel español de treinticuatro años, á pelear contra España, no era el hombre crecido al pampero y la lluvia, en las entrañas de su país americano, sino el militar que, al calor de los recuerdos nativos, crió en las sombras de las logias de Lautaro, entre condes de Madrid y patricios juveniles, la voluntad de trabajar con plan y sistema por la independencia de América; y á las órdenes de Daoiz y frente á Napoleón, aprendió de España el modo de vencerla. Peleó contra el moro, astuto y original: contra el portugués aparatoso y el francés deslumbrante. Peleó al lado del español, cuando el español peleaba con los dientes, y del inglés, que muere saludando, con todos los botones en el casaquín, de modo que no rompa el cadáver la línea de batalla. Cuando desembarca en Buenos Aires, con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, ni trae consigo más qne la fama de su arrojo, ni pide más que "unidad y dirección," "sistema que nos salve de la anarquía," "un hombre capaz de ponerse al frente del ejército." Iba la guerra como va cuando no la mueve un plan político seguro, que es correría más que guerra, y semillero de tiranos. "No hay ejército sin oficiales." "El soldado, soldado de pies á cabeza." Con Alvear, patriota ambicioso de familia influyente, llegó San Martín de España. Á los ocho días, le dieron á organizar el cuerpo de granaderos montados, con Alvear de sargento mayor. Deslumbra á los heroes desvalidos en las revoluciones, á los heroes incompletos que no saben poner la idea á caballo, la pericia del militar de profesión. Lo que es oficio parece genio; y el ignorante generoso confunde la práctica con la grandeza. Un capitán, es general entre reclutas. San Martín estaba sobre la silla, y no había de apearse sino en el palacio de los vireyes del

Perú; tomó los oficiales de entre sus amigos, y estos de entre la gente de casta; los prácticos, no los pasaba de tenientes; los cadetes, fueron de casas próceres; los soldados, de talla y robustos: y todos, á toda hora, "¡alta la cabeza!" "¡El soldado, con la cabeza alta!" No los llamaba por sus nombres, sino por el nombre de guerra que ponía á cada uno. — Con Alvear y con el peruano Monteagudo, fundó la logia secreta de Lautaro "para trabajar con plan y sistema en la independencia de América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia," para que "cuando un hermano desempeñe el supremo gobierno, no pueda nombrar por sí diplomáticos y generales, ni gobernadores, ni jueces, ni altos funcionarios eclesiásticos ó militares," "para trabajar por adquirir la opinión pública," "para ayudarse entre sí y cumplir sus juramentos, so pena de muerte."—Su escuadrón, lo fué haciendo hombre á hombre. Él mismo les enseñaba á manejar el sable: "le partes la cabeza como una sandía al primer godo que se te ponga por delante." Á los oficiales los reunió en cuerpo secreto; los habituó á acusarse entre sí, y á acatar la sentencia de la mayoría; trazaba con ellos sobre el campo el pentágono y los bastiones; echaba del escuadrón al que mostrase miedo en alguna celada, ó pusiese la mano en una mujer; criaba en cada uno la condición saliente; daba trama y misterio de iglesia á la vida militar; tallaba á filo á sus hombres; fundía como una joya á cada soldado. Apareció con ellos en la plaza, para rebelarse con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros. Arremetió con ellos, caballero en magnífico bayo, contra el español que desembarcaba en San Lorenzo la escuadrilla: cerró sobre él sus dos alas: "á lanza y sable" los fué apeando de las monturas; preso bajo su caballo mandaba y blandía; muere un granadero, con la bandera española en el puño: cae muerto á sus pies el granadero que le quita de encima el animal: huye España, dejando atrás su artillería y sus cadáveres.

Pero Alvear tenía celos, y su partido en la logia de Lautaro, "que gobernaba al gobierno" pudo más que el partido de San Martín. Se carteaba mucho San Martín con los hombres políticos: "existir es lo primero, y después ver como existimos:" "se necesita un ejército, ejército de oficiales matemáticos:" "hay que echar de aquí al último maturrango:" "renunciaré mi grado militar cuando los americanos no tengan enemigos:" "háganse esfuerzos simultáneos, y somos libres:" "esta revolución no pa-

rece de hombres, sino de carneros:" "soy republicano por convicción, por principios, pero sacrifico esto mismo al bien de mi suelo." Alvear fué de general contra los españoles de Montevideo, y á San Martín lo mandaron de general al Alto Perú, donde no bastó el patriotismo salteño á levantar los ánimos; lo mandaron luego de intendente á Cuyo. ¡Y allá lo habían de mandar, porque aquel era su pueblo: de aquel destierro haría él su fortaleza: de aquella altura se derramaría él sobre los americanos! Allá, en aquel rincón, con los Andes de consejeros y testigos, creó, solo, el ejército conque los había de atravesar; ideó, solo, una familia de pueblos cubiertos por su espada; vió, solo, el peligro que corría la libertad de cada nación de América mientras no fuesen todas ellas libres: ¡mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro! Puso la mano sobre la región adicta conque ha de contar, como levadura de poder, quien tenga determinado influir por cuenta propia en los negocios públicos. En sí pensaba, y en América; porque es gloria suya, y como el oro puro de su carácter, que nunca en las cosas de América pensó en un pueblo ú otro como entes diversos, sino que, en el fuego de su pasión, no veía en el continente más que una sola nación americana. Entreveía la verdad política local y el fin oculto de los actos, como todos estos hombres de instinto; pero fallaba, como todos ellos, por confundir su sagacidad primitiva, extraviada por el éxito, por la lisonja, y por la fe en sí, con aquel conocimiento y estrategia de los factores invisibles y determinantes de un país, que solo alcanza, por la mezcla del don y la cultura, el genio supremo. Ese mismo concepto salvador de América que lo llevaría á la unificación posible de sus naciones hermanas en espíritu, ocultó á sus ojos las diferencias, útiles á la libertad, de los países americanos, que hacen imposible su unidad de formas. No veía, como el político profundo, los pueblos hechos, según venían de atrás; sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza: y disponía de ellos en su mente, como el patriarca dispone de sus hijos. ¡Es formidable el choque de los hombres de voluntad con la obra acumulada de los siglos!

Pero el intendente de Cuyo sólo ve por ahora que tiene que hacer la independencia de América. Cree, é impera. Y puesto, por quien pone, en una comarca sobria como él, la enamoró por sus mismas dotes, en que la comarca contenta se reconocía: y vino á ser, sin corona en la cabeza, como su rey natural. Los

gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble; puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble. Pudo algún día San Martín, confuso en las alturas, regir al Perú con fines turbados por el miedo de perder su gloria; pudo extremar, por el interés de su mando vacilante, su creencia honrada en la necesidad de gobernar á América por reyes; pudo, desvanecido, pensar en sí alguna vez más que en América, cuando lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación ó reforma, es renunciar á sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella á la patria: pudo tantear desvalido, en país de más letras, sin la virtud de su originalidad libre, un gobierno retórico. Pero en Cuyo, vecino aún de la justicia y novedad de la Naturaleza, triunfó sin obstáculo, por el imperio de lo real, aquel hombre que se hacía el desayuno con sus propias manos, se sentaba al lado del trabajador, veía porque herrasen la mula con piedad, daba audiencia en la cocina—entre el puchero y el cigarro negro—dormía al aire, en un cuero tendido. Allí la tierra traginada parecía un jardín, blanqueaban las casas limpias entre el olivo y el viñedo, bataneaba el hombre el cuero que la mujer cosía, los picos mismos de la cordillera parecían bruñidos á fuerza de puño. Campeó entre aquellos trabajadores el que trabajaba más que ellos; entre aquellos tiradores, el que tiraba mejor que todos; entre aquellos madrugadores, el que llamaba por las mañanas á sus puertas; el que en los conflictos de justicia sentenciaba conforme al criterio natural; el que sólo tenía burla y castigo para los perezosos y los hipócritas; el que callaba, como una nube negra, y hablaba como el rayo. Al cura: "aquí no hay más obispo que yo: predíqueme que es santa la independencia de América." Al español: "¿quiere que lo tenga por bueno? pues que me lo certifiquen seis criollos." Á la placera murmurona: "diez zapallos para el ejército, por haber hablado mal de los patriotas." Al centinela que lo echa atrás porque entra á la fábrica de mixtos con espuelas: "¡esa onza de oro!" Al soldado que dice tener las manos atadas por un juramento que empeñó á los españoles: "¡se las desatará el último suplicio!" Á una redención de cautivos la deja sin dinero "¡para redimir á otros cautivos!" Á una testamentaría le manda pagar tributo: "¡más hubiera dado el difunto para la revolución!" Derrúmbase á su alrededor, en el empuje de la reconquista, la revolución americana.

Venía Morillo, caía el Cuzco, Chile huía, las catedrales entonaban, de México á Santiago, el *Te-Deum* del triunfo: por los barrancos asomaban los regimientos deshechos, como girones. Y en la catástrofe continental, decide San Martín alzar su ejército con el puñado de cuyanos, convida á sus oficiales á un banquete, y brinda, con voz vibrante como el clarín, "¡ por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!"

Cuyo es de él, y se alza contra el dictador Alvear, el rival que bambolea, cuando acepta incautamente la renuncia que, en plena actividad, le envía San Martín. Cuyo sostiene en el mando á su gobernador, que parece ceder ante el que viene á reemplazarlo; que menudea ante el cabildo sus renuncias de palabra; que permite á las milicias ir á la plaza, sin uniforme, á pedir la caída de Alvear. Cuyo echa, colérico, á quien osa venir á suceder, con un nombramiento de papel, al que tiene nombramiento de la Naturaleza, y tiene á Cuyo; al que no puede renunciar á sí, porque en sí lleva la redención del continente; á aquel amigo de los talabarteros, que les devuelve ilesas las monturas pedidas para la patria, de los arrieros, que recobraban las arrias del servicio, de los chacareros, que le traían orgullosos el maiz de siembra para la chacra de la tropa, de los principales de la comarca, que fían en el intendente honrado, por quien esperan librar sus cabezas y sus haciendas del español. Por respirar les cobra San Martín á los cuyanos, y la raiz que sale al aire paga contribución; pero les montó de ántes el alma en la pasión de la libertad del país, y en el orgullo de Cuyo, con lo que todo tributo que los sirviese les parecía llevadero, y más cuando San Martín, que sabía de hombres, no les hería la costumbre local, sino les cobraba lo nuevo por los métodos viejos: por acuerdo de los decuriones del cabildo. Cuyo salvará á la América. "¡ Dénme á Cuyo, y con él voy á Lima!" Y Cuyo tiene fe en quien la tiene en él; pone en el cielo á quien le pone en el cielo. En Cuyo, á la boca de Chile, crea entero, del tamango al falucho, el ejército con que ha de redimirlo. Hombres, los vencidos: dinero, el de los cuyanos: carne, el charqui en pasta, que dura ocho días: zapatos, los tamangos, con la jareta por sobre el empeine: ropa, de cuero bataneado: cantimploras, los cuernos: los sables, á filo de barbería: música, los clarines: cañones, las campanas. Le amanece en la armería, contando las pistolas; en el parque, que conoce bala á bala: las toma en peso: les quita el polvo: las vuelve

cuidadosamente á la pila. Á un fraile inventor lo pone á dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y cartuchos, con bayonetas y máquinas: y el fraile de teniente, con veinticinco pesos al mes, ronco para toda la vida. Crea el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora. Crea el Código militar, el cuerpo médico, la comisaría. Crea academias de oficiales, porque "no hay ejército sin oficiales matemáticos." Por las mañanas, cuando el sol da en los picos de la serranía, se ensayan en el campamento abierto en el bosque, á los chispazos del sable de San Martín, los pelotones de reclutas, los granaderos de á caballo, sus negros queridos: bebe de su cantimplora, "¡á ver, que le quiero componer ese fusil!" "la mano, hermano, por ese tiro bueno" "¡vamos, gaucho, un paso de sable con el gobernador!" Ó al toque de los clarines, ginete veloz, corre de grupo en grupo, sin sombrero y radiante de felicidad: "¡Recio, recio, mientras haya luz de día; los soldados que vencen sólo se hacen en el campo de instrucción!" Echa los oficiales á torear: "¡estos locos son los que necesito yo para vencer á los españoles!" Con los rezagos de Chile, con los libertos, con los quintos, con los vagos, junta y transforma á seis mil hombres. Un día de sol, entra con ellos en la ciudad de Mendoza, vestida de flores; pone el bastón de general en la mano de la Vírgen del Carmen; ondea tres veces, en el silencio que sigue á los tambores, el pabellón azul: "Esta es, soldados, la primer bandera independiente que se bendice en América: jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!"

En cuatro columnas se echan sobre los Andes los cuatro mil soldados de pelear, en piaras montadas, con un peón por cada veinte; los mil doscientos milicianos; los doscientos cincuenta de la artillería, con las dos mil balas de cañón, con los novecientos mil tiros de fusil. Dos columnas van por el medio y dos, de alas, á los flancos. Delante va Fray Beltrán, con sus ciento veinte barreteros, palanca al hombro; sus zorras y perchas, para que los veintiún cañones no se lastimen; sus puentes de cuerda, para pasar los ríos; sus anclas y cables, para rescatar á los que se derrisquen. Ladeados van unas veces por el borde del antro; otras van escalando, pecho á tierra. Cerca del rayo han de vivir los que van á caer, juntos todos, sobre el valle de Chacabuco como el rayo. De la masa de nieve se levanta, resplandeciendo, el Aconcagua. Á los pies, en las nubes, vuelan los cóndores. ¡Allá espera, aturdido, sin saber por dónde le viene la justicia, la tropa

del español, que San Martín sagaz ha abierto, con su espionaje sutil y su política de zapa, para que no tenga qué oponer á su ejército reconcentrado! San Martín se apea de su mula, y duerme en el capote, con una piedra de cabecera, rodeado de los Andes.

El alba era, veinticuatro días después, cuando el ala de O'Higgins, celosa de la de Soler, ganó, á són de tambor, la cumbre por donde podía huir el español acorralado. Desde su mente, en Cuyo, lo había acorralado, colina á colina, San Martín. Las batallas se ganan entre ceja y ceja. El que pelea ha de tener el país en el bolsillo. Era el medio día cuando, espantado el español, reculaba ante los piquetes del valle para caer contra los caballos de la cumbre. Por entre los infantes del enemigo pasa como un remolino la caballería libertadora, y acaba á los artilleros sobre sus cañones. Cae todo San Martín sobre las tapias inútiles de la hacienda. Dispérsanse, por los mamelones y esteros, los últimos realistas. En la yerba, entre los quinientos muertos, brilla un fusil, rebanado de un tajo. Y ganada la pelea que redimió á Chile y aseguró á América la libertad, escribió San Martín una carta á "la admirable Cuyo" y mandó á dar vuelta al paño de su casaca.

Quiso Chile nombrarle gobernador omnímodo, y él no aceptó; á Buenos Aires devolvió el despacho de brigadier general, "por que tenía empeñada su palabra de no admitir grado ni empleo militar ni político;" coronó el Ayuntamiento su retrato, orlado de los trofeos de la batalla, y mandó su compatriota Belgrano alzar una pirámide en su honor. Pero lo que él quiere de Buenos Aires es tropa, hierro, dinero, barcos que ciñan por mar á Lima mientras la ciñe él por tierra. Con su edecán irlandés pasa de retorno por el campo de Chacabuco; llora por los "¡pobres negros!" que cayeron allí por la libertad americana; mueve en Buenos Aires el poder secreto de la logia de Lautaro; ampara á su amigo O'Higgins, á quien tiene en Chile de Director, contra los planes rivales de su enemigo Carrera; mina, desde su casa de triunfador en Santiago—donde no quiere "bajillas de plata" ni sueldos pingües—el poderío del virey en el Perú; suspira "en el disgusto que corroe su triste existencia," por "dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza;" arenga á caballo en la puerta del arzobispo á los chilenos batidos en Cancharrayada, y surge triunfante, camino de Lima, en el campo sangriento de Máipu.

Del caballo de batalla salta á la mula de los Andes; con la amenaza de su renuncia, fuerza á Buenos Aires, azuzado por la logia, á que le envíe el empréstito para la expedición peruana; se cartea con su fiel amigo Pueyrredón, el Director argentino, sobre el plan que paró en mandar á uno de la logia á buscar rey á las cortes europeas,—á tiempo que tomaba el mando de la escuadra de Chile, triunfante en el Pacífico, el inglés Cóchrane, ausente de su pueblo "por no verlo oprimido sin misericordia" por la monarquía,—á tiempo que Bolívar avanzaba clavando, de patria en patria, el pabellón republicano. Y cuando en las manos sagaces de San Martín, Chile y Buenos Aires han cedido á sus demandas de recursos ante la amenaza de repasar los Andes con su ejército, dejando á O'Higgins sin apoyo y al español entrándose por el Perú entre chilenos y argentinos; cuando Cóchrane le había, con sus correrías hazañosas, abierto el mar á la expedición del Perú; cuando iba por fin á caer con su ejército reforzado sobre los palacios limeños, y á asegurar la independencia de América y su gloria, lo llamó Buenos Aires á rechazar la invasión española que creía ya en la mar, á defender al gobierno contra los federalistas rebeldes, á apoyar la monarquía que el mismo San Martín había recomendado. Desobedece. Se alza con el ejército que sin la ayuda de su patria no hubiese allegado jamás, y que lo proclama en Rancagua su cabeza única, y se va, capitán suelto, bajo la bandera chilena, á sacar al español del Perú, con su patria deshecha á las espaldas. "¡Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará!:" de esta campaña "penden las esperanzas de este vasto continente:" "voy á seguir el destino que me llama"....

¿Quién es aquél, de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos? Es el Protector del Perú, que se proclamó por decreto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado ministro Monteagudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir la banda de las damas limeñas "al patriotismo de las más sensibles;" el "emperador" de que hacían mofa los yaravíes del pueblo; el "rey José" de quien reían, en el cuarto de banderas, sus compañeros de la logia de Lautaro. Es San Martín, abandonado por Cóchrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires

y en Chile, corrido en la "Sociedad Patriótica" cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba á Europa á un dómine á ojear un príncipe austriaco, ó italiano, ó portugués, para el Perú. ¿Quién es aquél que sale, solitario y torvo, después de la entrevista titánica de Guayaquil, del baile donde Bolívar, dueño incontrastable de los ejércitos que bajan de Boyacá barriendo al español, valsa, resplandeciente de victorias, entre damas sumisas y bulliciosos soldados? Es San Martín, que convoca el primer Congreso constituyente del Perú, y se despoja ante él de su banda blanca y roja; que baja de la carroza protectoral, en el Perú revuelto contra el Protector, porque "la presencia de un militar afortunado es temible á los países nuevos, y está aburrido de oír que quiere hacerse rey;" que deja el Perú á Bolívar, "que le ganó por la mano," porque "Bolívar y él no caben en el Perú, sin un conflicto que sería escándalo del mundo, y no será San Martín el que dé un día de zambra á los maturrangos." Se despide sereno, en la sombra de la noche, de un oficial fiel; llega á Chile, con ciento veinte onzas de oro, para oír que lo aborrecen; sale á la calle en Buenos Aires, y lo silban, sin ver cómo había vuelto, por su sincera conformidad en la desgracia, á una grandeza más segura que la que en vano pretendió con la ambición.

Se vió entonces en toda su hermosura, saneado ya de la tentación y ceguera del poder, aquel carácter que cumplió uno de los designios de la Naturaleza, y había repartido por el continente el triunfo de modo que su desequilibrio no pusiese en riesgo la obra americana. Como consagrado vivía en su destierro, sin poner mano jamás en cosa de hombre, aquel que había alzado, al rayo de sus ojos, tres naciones libres. Vió en sí como la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven á la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando lo quieren llevar detrás de sí. Lloraba cuando veía á un amigo: legó su corazón á Buenos Aires: y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.



BENITO P. JUÁREZ

BENITO P. JUÁREZ

NACIÓ el 21 de marzo de 1806, en el pueblo de San Pedro de Guelato, Estado de Oaxaca, (México.) Murió en la capital de México el día 18 de julio de 1872. Benito Juárez ha sido, después de Bolívar y Washington, la más alta personalidad política de América.

De orígen indio, pobre, sin apoyo, con sólo sus perseverantes esfuerzos llegó á recibirse de Doctor en derecho. Abogado distinguido, no tomó parte en la política activa hasta edad madura. En 1856 fué electo diputado al Congreso, y al año siguiente fué nombrado Presidente del Tribunal Supremo de Justicia. Á la caída del Presidente Comonfort se negó á reconocer al nuevo Presidente de la República, Zuluaga, y organizó un gobierno de resistencia en Veracruz. Tampoco aceptó á Miramón, sucesor de aquel, y después de una lucha obligó á éste á huir á Europa en 1861. Reconocido el gobierno de Juárez por Inglaterra y por Francia, fué reelecto Presidente el 11 de junio de ese año. Los actos liberales de Juárez trajeron el descontento del clero y de las clases conservadoras.

Se vió obligado á empréstitos forzosos, teniendo al fin que romper relaciones con Francia, España é Inglaterra, lo que dió lugar á la famosa intervención europea y á la designación del príncipe Maximiliano como emperador de México en 1864.

El indio Juárez solo, abandonado, vagando por los montes con treinta hombres, se propuso libertar á su patria del yugo extranjero, emprendiendo una guerra á muerte, hasta que no quedara uno de sus valientes combatientes. Tal fué su constancia y tenacidad, que con el apoyo moral de los Estados Unidos logró que las tropas francesas se retiraran del territorio mexicano. Recobró en seguida buena parte de éste, hizo prisionero en Que-

rétaro á Maximiliano y con el necesario fusilamiento de éste, de Miramón y de Mejía, quedó dueño de la República. Su entereza se manifestó entonces con más vigor: trató de igual á igual con los potentados de Europa, propuso al Congreso un conjunto de medidas liberales y fué reelecto Presidente de la República.

¿Quién hubiera podido imaginar,—decía uno de sus biógrafos al conmemorar el ochentiún aniversario de su venida al mundo,—en aquel tiempo, que el tierno indígena que sólo heredó de sus padres una temprana horfandad, llegaría alguna vez á constituirse en padre de todo un pueblo, en apostol de la libertad y en adversario terrible del retroceso y el fanatismo?

¿Quién hubiera podido creer entonces, que la debil voz del pobre niño que quedaba huérfano y desamparado, llegaría á resonar en todo el país, como la voz solemne y respetable del que rige los destinos de una nación, como la voz poderosa y elocuente del que proclama con heróica firmeza el triunfo de la ley y la victoria de la reforma?

Pero lo que Juárez ha sido para México, lo sabe todo su pueblo, lo sabe el mundo civilizado. En vano los enemigos del gran reformador han querido oscurecer la historia del insigne hombre á quien México debe el más precioso de los Códigos democráticos: la Constitución del 57; á quien México reconoce la inmensa deuda de su segunda independencia; á quien todos los mexicanos liberales y progresistas miran como al genio tutelar enviado por la suerte ó el destino para salvarlos de la prolongada noche de los errores, la anarquía y el servilismo, que les impedía llegar á una época de verdadera libertad y adelanto.

Razón tiene la República Mexicana, para sentirse orgullosa al contar en el número de sus más egregios patricios, al que con tanta lealtad como patriotismo, le ha legado días de verdadera gloria y conquistas que sólo se adquieren á fuerza de acrisolada abnegación y de amor profundo á la libertad y á la patria.

Por eso, á ese hombre extraordinario, á Benito Juárez, lo bendicen sus conciudadanos y lo admira la América libre como émulo de Washington y de Bolívar.



GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS

La primera colección en Cuba de las poesías de *Plácido*, fué la de Matanzas, 1838: pocos saben que con gran anterioridad se hizo una muy incompleta en Palma de Mallorca, por Feliú Perelló, que después de conocer al autor en la Habana, se había retirado á su ciudad llevando los primeros versos del poeta; no está allí *La Siempreviva*, que aún no se había escrito. Después de la edición de Matanzas, que hasta hace poco se tuvo por primera, y que contenía sólo 26 piezas, se hizo otra en la misma ciudad en 1842, *Poesías Escogidas de Plácido*, y en el propio año otra en México, donde ya el autor era popular. En 1841 se imprimió en Matanzas (imprenta del gobierno) *El Veguero*, poesías cubanas dedicadas por *Plácido* á sus amigos de Villaclara, folleto de 48 páginas; en 1843, en la misma ciudad, *El Hijo de Maldición*, poema del tiempo de las Cruzadas, con 45 páginas. La edición de Veracruz,—1845—y la de Nueva Orleans,—1847—se suponen también hechas en Matanzas, alterándose el pie de imprenta, por no haber sido sometidas á la censura. En el 1854 se publicó la edición de Barcelona, que nada agregó á las anteriores. Además se han impreso tres ediciones en New York, por Vingut: la primera en 1854, ha sido la que más rodó; otra en 1856, y la tercera, bastante completa, en 1857; en el mismo 56 se dió otra en México por Mellado y Contreras, tomo en 12º con 387 páginas; y finalmente, en New York, con prólogo y biografía, la edición de 1860, que es la más conocida.

La vida del infortunado *Plácido* comenzó con el desdén de la sociedad, y terminó en el patíbulo, acusado como criminal; sus escritos nos demuestran su genio; su carácter de seguro que no ha podido comprenderse con exactitud; sus infortunios fueron tales, que ellos solos bastarían para hacer su personalidad inolvidable. *Plácido* fué "raro en todo: en su orígen, en su genio, en su muerte."

El escritor don Sebastián Alfredo de Morales, amigo del poeta y el más sucinto de sus biógrafos, quien ha publicado en la Habana (1886) sus obras completas, nos cuenta que "cuando *Plácido* entró en la prisión con sus compañeros, de donde ya no había de salir sino para el suplicio, mirando la sombría boca de aquel Averno que se abría inexorable como el *lasciate* del Dante, dijo volviéndose á aquellos: — Compañeros, entremos al festín de las tumbas. En esto se lamentaba su conmártir Santiago Pimienta, y él le dijo: — Ánimo, pues que somos inocentes; resignémonos con esta suerte: la posteridad nos indultará de esta in-

justa acusación. Y volviéndose después al fiscal que allí estaba presente, le dijo: — Yo, señor, no tendré remordimientos en mi hora de agonía; pero usted sí, y espero que después de mi muerte mi sombra le ha de perseguir en forma de buho." Así fué, pues refiere la tradición que aquel, más que fiscal, verdugo, tuvo una agonía borrascosa, delirando con la memoria aciaga de su víctima, que creía ver aleteando sobre su lecho en forma de buho.

Por fin, después de cuatro meses de martirio fué condenado *Plácido* á ser fusilado por la espalda con sus diez coacusados como reos de alta traición y presuntos asesinos de la raza blanca. Esta hecatombe se componía de Gabriel de la Concepción Valdés, (a) *Plácido* el poeta, José Dodge, dentista, Jorge López, Santiago Pimienta, José Miguel Román, Pedro de la Torre, Manuel Quiñones, Antonio Abad, José de la O García, Bruno Izquierdo y Miguel Naranjo. Estos salieron del hospital de Santa Isabel en la mañana del 27 de junio de 1844, en medio del imponente aparato de la fuerza armada y de un pueblo espectador compuesto de más de veinte mil almas, pues de todas partes de la Isla había venido gente atraída por la fama del poeta que iba á morir.

Después de vendados todos, fué sentado cada uno en su correspondiente banquillo y cuarenticuatro bocas de fuego apuntadas á las espaldas y cabezas de los presuntos reos por granaderos escogidos, dieron fin á aquellos predestinados de la hecatombe. *Plácido* pronunció estas terribles palabras, al tiempo de ser vendado: — "Aplazo ante el juicio de Dios á mis verdugos y fiscales don Francisco Hernández Morejón y don Ramón González!"

Por fin la fatal descarga tronó.... Excepto uno, todos los demás cayeron, revueltos en las sangrientas olas de una prematura agonía.... Aquel uno, que parecía protegido por la mano misteriosa del destino.... ¡era *Plácido*, el poeta! En medio de la nube de humo de aquella batalla sin enemigos, se levantó, valiente y grandioso, más decidido y gigante que aquella masa de pueblo que lo veía morir, y llevando hacia su frente las manos esposadas, gritó: —"Adiós mundo.... no hay piedad para mí.... ¡fuego aquí!" ... Cuatro granaderos más se adelantan á la señal de su jefe.... apuntan.... truena la descarga: la víctima cae desplomada, y el pueblo, espantado, ve volar por los aires aquella masa de una cabeza todo poesía, heroísmo é infortunio!

¿Ha dejado la posteridad escritos los nombres de aquel jefe que hizo la señal y de aquellos cuatro soldados que hicieron la última descarga? No tal vez: sólo han quedado los de aquellos

fiscales á quienes el gran poeta aplazó ante el juicio de Dios. Cuando *Plácido* salió de la capilla acompañado de sus hermanos de infortunio, al enfrentarse con aquel pueblo, espectador y mudo como una tumba, y al mirar el terrible aparato que lo recibía, como el pueblo romano á las víctimas del Anfiteatro, sonrió, y oyendo junto á sí gemir á Santiago Pimienta, que apenas podía sostener en sus manos atadas el gran Crucifijo de madera que le cupo en suerte, para marchar en suplicio, lo animó con palabras de resignación y heroísmo, y cambió con él su pequeño Crucifijo de marfil que al tiempo de salir de la capilla le cedió su venerable amigo y auxiliante, el respetable cura párroco de Matanzas, doctor don Manuel Francisco García.

Marchó *Plácido* al suplicio con serena resignación y heroísmo, recitando su *Plegaria á Dios*, con voz clara y segura: solemne protesta de su inocencia y prueba de la grandeza de su alma. Era todo un profeta, que con la lira coronada de eslabones de hierro, atravesaba por entre las grandes oleadas de la humanidad á la conquista de la gloria. Tal vez el suplicio no fué sino un medio que el destino le ofreció al paso, para subir al cielo de los predestinados á la posteridad.

Cuando tronó la primer descarga, hiriendo de muerte á sus diez compañeros, las balas despedazaron solamente la espaldilla derecha (homóplato) del poeta. Acaso los mismos tiradores temblaron en presencia de tanto heroísmo: tal vez les impresionara la voz del poeta y su plegaria grandilocuente: acaso sería que las manos, guiadas por el corazón, vacilaban antes de atreverse á despedazar aquella cabeza olímpica!



NARCISO LÓPEZ

NARCISO LÓPEZ

NACIÓ en Caracas (Venezuela) el día 13 de setiembre de 1799. Murió agarrotado en la Habana el 1º de setiembre de 1851. Pertenecía á una rica familia de comerciantes, y al principio de la guerra en Venezuela por la independencia, sirvió en el ejército español, pasando á España cuando la evacuación, con el grado de coronel. Sólo contaba entonces veintiún años de edad.

Tomó una parte activa en la guerra carlista, y por su extraordinario valor, fué considerado el "primer lancero del ejército." El año 1836 fué nombrado brigadier, y en 1839, mariscal de campo y gobernador militar de Valencia. En 1841 pasó Narciso López á la Isla de Cuba, acompañando al general Valdés, nombrado capitán general de la colonia, quien lo designó para importantes puestos. En el año 1843 sustituyó á Valdés el general O'Donnell, y por la desconfianza que inspiraba ya Narciso López, le privó de sus empleos y honores, pasando á ser un simple ciudadano. Se dedicó á fomentar varias empresas industriales.

En el año 1848 tomó parte activa en una conspiración, con el deseo de librar á Cuba del yugo español. Descubiertos sus planes (1849,) pudo escaparse de la Isla, pasando á New York á hacer causa común con los revolucionarios allí constituidos.

El día 19 de mayo de 1850 llegó á Cárdenas con una expedición de 610 hombres. El país fué indiferente á su llamamiento, y se vió obligado á reembarcarse. Su segunda expedición de 600 hombres, en su mayoría partidarios de la anexión de Cuba á los Estados Unidos, desembarcó la noche del 11 de agosto de 1851, en las Pozas, (Vuelta Abajo.)

El general López, abandonado, con sólo 16 de los suyos, fué sorprendido, después de infame denuncia de José A. Castañeda, en el sitio Candelaria, conducido á la Habana, sentenciado y ejecutado en el suplicio de garrote en la mañana del día 1º de setiembre de 1851.

Con respecto al cargo de anexionista que se le hace á Narciso López, el antiguo y probado patriota y fecundo literato cubano, señor don Cirilo Villaverde, compañero, amigo y Secretario que fué de López, en la *Revista Cubana* de la Habana, (febrero de 1891) apoyándose en datos personales y otros extraños, defiende su memoria de esa acusación y salva al patriota para la historia, dándole puesto en la galería de los heroes y mártires de la independencia. Entre las pruebas que cita el señor Villaverde, se encuentra el siguiente párrafo del discurso que pronunció en Nueva Orleans el día 1º de setiembre de 1854, *Narizotas* (á nuestro entender Gaspar Betancourt Cisneros, quien también era conocido por ese pseudónimo, además del de *El Lugareño*,) con motivo del tercer aniversario de la muerte del general López:

" La independencia nacional de Cuba es el primer artículo de nuestro programa revolucionario. Por aquí vendrán ustedes en conocimiento de cuán lejos estaba de la mente de Narciso López y de los caudillos de la revolución la idea de anexar á Cuba á los Estados Unidos por medios indignos, humillantes y derogatorios de la dignidad del pueblo cubano. Por aquí comprenderán ustedes cuanto debe ser el dolor y cuán justa la indignación de todo cubano sensible y pundonoroso, al ver que sea precisamente el gobierno de los Estados Unidos.... quien trate de adquirir la posesión de Cuba por medio de una compra, cual si tratase de una hacienda de ruín ganado para mejorar la cría. España, señores, es una madre injusta, y los azotes, y los ultrajes, y las vejaciones de una madre, jamás infamaron á sus inocentes hijos. El gobierno español en Cuba es el ladrón que roba y que despoja á Cuba de todo cuanto tiene; pero el gobierno de los Estados Unidos es el raptor que la viola y deshonra. Yo, á nombre de Narciso López, á nombre del pueblo cubano, en el seno de esta asamblea y á presencia de Dios, quiero dejar consignada nuestra solemne protesta contra el raptor y el violador de Cuba."

Narciso López merece un recuerdo de gratitud, porque enseñó á los cubanos un medio hasta entonces no emprendido: la fuerza y el sacrificio. Él mismo fué una de las víctimas, y cuando subió al cadalso, con paso firme y tranquilo, dirigía á la multitud que lo rodeaba palabras de piedad y patriotismo, y su última frase, al encomendar su alma á Dios, fué: —"¡Adiós, Cuba querida!"



DOMINGO DE GOICURÍA

DOMINGO DE GOICURÍA

NACIÓ en la Habana el día 13 de julio de 1805. Fué agarrotado en la misma ciudad, como conspirador contra el gobierno de España, el 7 de mayo de 1869. El ilustre escritor cubano señor don Cirilo Villaverde, que conoció á Goicuría, ha escrito para el ÁLBUM DE "EL PORVENIR," lo siguiente: —

Perplejos nos vemos al trazar los rasgos más prominentes de la vida, hechos y desastrosa muerte del sinventura patriota cubano.

Y nos vemos perplejos, entre otras razones, por nuestra notoria insuficiencia en esta clase de escritos, porque la vida del heroe fué muy agitada y nada existe de pública notoriedad que ayude nuestra ya decadente memoria.

Cuando nuestra desgraciada patria gemía esclava bajo el poder de los bárbaros sátrapas que la gobernaban, desde Tacón hasta O'Donnell, el que esto escribe conoció y trató íntimamente á Domingo de Goicuría. Como esclavos que éramos, nuestra amistad nació y llegó á intimarse en el paseo público de la Habana y en los salones de las Sociedades Filarmónicas, entonces en su vigor en dicha ciudad. Él, joven, jovial, fino, elegante, buen mozo, rico, poseedor de varias lenguas vivas, adquiridas durante su residencia y viajes por Inglaterra, (donde se educó) Francia y los Estados Unidos de América, era bien quisto y estimado de la juventud habanera de ambos sexos.

Hacia los últimos años de la satrapía del general O'Donnell en Cuba, se hallaba en su apogeo la trata de África, creciendo á compás el temor, entre la gente sensata de la sociedad cubana, que roto el equilibrio entre las dos razas, preponderase la más oprimida, y se alzase contra la opresora. Entonces fué cuando se idearon varios proyectos de población blanca. Al efecto, Es-

torch trajo de Cataluña barcadas de catalanes para explotar un ingenio de fabricar azúcar que fomentaba en las cercanías de Puerto Príncipe. La zafra, como se dice en Cuba, comenzó con felicidad. El trabajador blanco fraternizó con el trabajador negro. Pero no duró mucho esta *entente cordial*. Bien pronto, uno á uno y dos á dos, no quedó un operario blanco en el ingenio de fabricar azúcar, seducidos por sus paisanos *mansos* de la ciudad.

El espíritu inquieto y voltario de Goicuría vió en el ensayo de población blanca de Estorch, un medio de servir á la patria, trayendo de Vizcaya, gente tal vez más morigerada y trabajadora de las provincias Vascongadas, de donde era su padre ya difunto. Para ello, sin pérdida de tiempo, se trasladó á la Península. Dió muchos pasos, se afanó grandemente, gastó buenos pesos de su propio peculio, y no pudo traer á Cuba ni un solo obrero vascongado.

Su biógrafo, el laborioso y perspicaz señor Calcagno, afirma, no sabemos con qué fundamento, que ese viaje de Goicuría á las Vascongadas tuvo por objeto final y secreto el servir la ambición de María Cristina de Borbón, que aspiraba á un trono en el Ecuador para una de sus hijas, seducido por la dádiva de honores de intendente de ejército. Nosotros protestamos contra semejante afirmación. Escasez de entendimiento reconocimos siempre en Goicuría, pero le rebosaba el patriotismo. Este le sobró siempre, como lo demostró en la vida y en la muerte.

Lejos de tomar parte Goicuría en semejante vergonzosa empresa, trajo entonces del extranjero máquinas, herramientas y obreros para fabricar clavos, sin necesidad de la fragua y el martillo, estableciendo la fábrica en la vertiente de Casa Blanca, al pie de la Cabaña. Este proyecto de industria local en su patria, que carecía de establecimientos de esa clase, tuvo muchos opositores entre los mismos traficantes en artículos de ferretería. Por de contado, la industria murió en ciernes.

También la yerra el distinguido autor del *Diccionario Biográfico Cubano*, cuando afirma que Domingo de Goicuría "coadyuvó con Hernández á la venida de Narciso López á Cárdenas en 1850."

Cierto, Goicuría fué el comisionado de los conspiradores de Cárdenas, Matanzas y la Habana para aplicar los fondos reunidos allá al pronto despacho de la expedición que López preparaba con el mayor sigilo en ente país. El vapor *Creol*, que se alteraba y componía en un astillero particular de Nueva Orleans, estaba casi listo para hacerse á la mar, cuando Goicuría se presentó en

esta ciudad de New York. Fuimos á saludarle en el hotel donde se hospedaba, sorprendiéndole en la cama, el día después de su arribo. En la conversación que tuvimos sobre lo que aquí y allá se hacía en favor de la causa, dijo con alguna vehemencia:—"Me propongo escribir á mis amigos; nada, nada, nada!" Y apenas un mes después, López desembarcaba en Cárdenas, á la cabeza de 610 revolucionarios.

Un año ó dos de la muerte de López, Goicuría tomó parte activa, sino principal, en los movimientos revolucionarios. Él secundó con todas veras el atrevido plan de don Ramón Pintó, que tenía por objeto invadir la Isla de Cuba con una fuerza de gente americana constante de tres á cuatro mil hombres al mando del célebre general Quitman. Goicuría desplegó en esta ocasión una actividad é inteligencia sin segundo. Miembro de la Junta Patriótica Cubana, que funcionaba en Nueva Orleans, compuesta de Gaspar Betancourt Cisneros, de Elías Hernández, de Porfirio Valiente, del conde de Pozos Dulces y del Secretario Santacilia, corrió con la compra de las armas, municiones de boca y guerra, y de la contrata de los transportes; tres vapores de alto bordo.

Todo estaba á punto de realizarse; la tropa enganchada; las armas y municiones de guerra embarcadas; los capitanes de los transportes contratados formalmente, cuando uno de estos, por malicia ó por otro motivo cualquiera, se llamó á engaño, diafanizó la cosa y el gobierno americano tomó cartas en el asunto, desbandó la gente, y el cabecilla murió en el patíbulo en la Habana.

Pero no desmayó Goicuría por semejante contratiempo. Del fracaso pudo salvarse la copiosa y rica armamenta, y él se propuso donársela á uno de los varios *filibusteros*, abundantes á la sazón en los Estados Unidos de América, que ganoso de fortuna y gloria, le ayudase á destruir el tiránico gobierno de Cuba. Sucedió que por el año de 1854, el más famoso de aquellos, llamado desde California por los descontentos del gobierno de Nicaragua, había invadido la República, triunfado y apoderádose á poca costa del mando absoluto, en calidad de Presidente.

Sucedió, así mismo, que el comandante del vapor que llevó á Walker á Nicaragua, no fué otro que el intrépido capitán Lewis, el mismo que en agosto de 1851 puso en tierra de Cuba, cerca de Bahíahonda, en el famoso *Pampero*, al no menos intrépido general Narciso López, con sus cuatrocientos y más compañeros de infortúnio.

Fué, pues, facil á Goicuría entenderse con Walker, apenas se presentó en San Juan del Norte, porque además de la rica carga de armas y municiones de guerra que le hacían grave falta al nuevo Presidente, le llevaba un buen refuerzo de jóvenes cubanos, que ó habían hecho la campaña con López en Vuelta Abajo, ó deseaban pasar el mar Caribe y batirse de nuevo con las tropas españolas. Entre estos pueden citarse á Francisco Lainé, que fué fusilado por las tropas aliadas de Centro-América; á Manuel Hernández, hijo del doctor del mismo apellido, muerto á palos en las calles de Granada; á Manuel Higinio Ramírez, muerto del cólera á bordo del vapor *Virgen*, en el lago de Nicaragua; á Ramón Ignacio Arnao y á otros varios de menos nota.

En premio de sus generosos servicios, obtuvo Goicuría la gobernación del departamento de Chontales, puesto que no solicitó ni sirvió sino interinamente, á fin de no romper desde luego con el donante, que ya empezaba á desplegar el feroz despotismo, orígen de su temprana y estruendosa caida.

Muchas fueron las inculpaciones que se hicieron á Goicuría por algunos patriotas cubanos, con motivo de sus tratos con el infame Walker. Pero ¿cuál de sus censores no hubiese hecho lo mismo, sino peor? La mercancía en manos de nuestro amigo, no era vendible, ni almacenable en este país, donde se la había declarado de contrabando, y la policía federal la buscaba con ahinco.

No desmayó, sin embargo, Goicuría, por todos estos contratiempos y desastres. Noticioso de que se conspiraba en el distrito de Baracoa, despachó allá al bravo Estrampes, exaltado patriota á quien hizo morir en el patíbulo el capitán general don José de la Concha, en 1855, antes por miras políticas, según declaración suya en un escrito público, que porque mereciese semejante atroz pena.

En los últimos actos de su asendereada vida, fué donde Domingo de Goicuría desplegó todas aquellas facultades y virtudes cívicas que le hacen merecedor de la gratitud y respeto de sus conciudadanos.

Había quedado, puede decirse sin familia, excepción de su hermoso hijo Valentín, joven de unos veinte años que practicaba el comercio en esta ciudad, cuando su amigo y pariente José María Mora pensó en él para jefe de la expedición que lleva su nombre. Pero ese mismo hijo, luego había marchado á Cuba, en calidad de ayudante del general Jordan, en la expedición del vapor *Perrit*.

En el *Diario de un Soldado*, que atribuimos á nuestro querido amigo Juan Ignacio de Armas, muerto hace poco en Madrid, se lee lo siguiente:

"OCTUBRE 3 de 1869.—Por la tarde llega otro tren á Cedar Key. Conduce al general Goicuría, con Juan Clemente Zenea y un grupo de oficiales extranjeros y cubanos; hace mes y medio salió de New York.... El general es ya sexagenario. Es bajo de cuerpo y parece muy vigoroso. Siendo yo muchacho, en 52, lo conocí en Sevilla, donde se hallaba desterrado por causa política. No ha cambiado en nada.... Según dicen, acaba de saber la noticia de la muerte de su hijo Valentín, acaecida en el campo de batalla, y esta es probablemente la causa de su adusto semblante."

El autor de ese *Diario* pinta con lucidez y verdad otras muchas escenas interesantes á bordo del vapor *Lillian* en que figura Goicuría como jefe de la expedición; como segundo el coronel Cristo, que mandó el batallón Cazadores de Hatuey; (*) como mayor general de la brigada el general Williams, y como jefe de Estado mayor el coronel Schomberg.

Parte al fin el famoso *Lillian* en su misión libertadora el 4 de octubre, cargado hasta la borda de cuantiosos y buenos pertrechos de guerra, de unos 400 hombres de pelea; de experimentado capitán y de no menos ducho piloto; pero con escaso carbón y eso malo. La navegación es facil y rápida, porque el vapor tiene buenos pies. Se descubre tierra el 9 de octubre; pero no es Cuba sino un cayo de las Bahamas. Dase allí fondo porque se ha agotado el carbón. Desde ese momento queda todo concluido.

Goicuría, con Cristo, Zenea y otros varios, se trasladó á New York, triste y abatido sí, mas de ningún modo escarmentado ni desesperado. Al contrario, se cree en el deber de entrar en Cuba, aunque en ello le vaya la vida. Está solo en el mundo. Familia, amigos, vínculos, ya no le atan á la tierra. Fuerza es que corra á la suya para vengar á su hijo y continuar su obra revolucionaria.

En efecto, á su costa, arma una expedición en buque de vela y en unión de unos 36 hombres, la mayor parte compañeros del

---

(*) La bandera de este batallón fué regalada por la señora Emilia Casanova de Villaverde al general Domingo de Goicuría.

Lillian, logra desembarcar con toda felicidad en tierra cubana. Se interna con ellos hasta reunirse con el Presidente, que le nombra su Ministro cerca de la República Mexicana. Á la vuelta, camino de New York, se refugia en Cayo Guajaba, en espera de buen tiempo y barquichuelo que le transporte á Nassau. Pero se tarda el socorro y un cañonero del enemigo le sorprende y apresa. Conducido á Puerto Príncipe, Rodas que mandaba allí, ordenó su remisión á la Habana, para darle en espectáculo, con su muerte en el garrote, á sus numerosos conocidos y parientes.



FRANCISCO ESTRAMPES

FRANCISCO ESTRAMPES

NACIÓ en la hacienda San Marcos, en la Vuelta Abajo, en la Isla de Cuba, el 4 de diciembre de 1829. Murió agarrotado en la Habana, por conspirador contra el coloniaje de España en Cuba, el día 31 de marzo de 1855. El distinguido escritor cubano señor don Félix Fuentes, escribió para el ÁLBUM DE "EL PORVENIR," el siguiente juicio sobre Estrampes:—

El recuerdo de episodios que endulzaron la existencia en la edad temprana, cuando se deslizaban blandamente las horas como aguas cristalinas discurriendo por prados lujosos de verdura y flores, conforta el ánimo cansado de largo batallar con las contrariedades del destino, que imprimen hondas huellas en el rostro y enfrían el corazón; y volviendo en la mente la mirada hacia aquel pasado venturoso, parécenos que nos embarga los sentidos grato sueño, que emigra nuestro espíritu á regiones indefinidas, en donde se materializan los séres que amábamos en vida, y allá, en vastísimo escenario, se reproducen los mismos hechos é impresiones cuya memoria es monumento perdurable en nuestro corazón.

Esto nos pasa al hablar de Francisco Estrampes. Nos parece verlo. Joven, robusto, de actitud digna y reposada, siempre dulce y afable en el trato social, franco y sincero en la expresión de su ideal constante: la emancipación de su patria de ominoso yugo. Recordamos los secretos conciliábulos en que su figura noble y levantada inspiraba acatamiento y veneración, persuadiendo á sus afiliados por la lógica de su razonamiento.

Como hombre privado era intachable, y las asignaturas superiores que estuvieron á su cargo en el Colegio Cubano, del que fué director el respetabilísimo patriota don Manuel Higinio Ra-

mírez, son palpable testimonio de su sólida instrucción y vastas aptitudes intelectuales. Suave y flexible, como hemos dicho, en el trato amistoso y familiar, se encarnaban en él al mismo tiempo todos los elementos constitutivos del combatiente: valor personal incomparable, temerario, formas atléticas, agilidad y suma destreza en el manejo de las armas, y acometividad irresistible á la menor provocación.

Nacido en San Marcos, jurisdicción de la Vuela Abajo, aunque había residido largo tiempo en Francia, donde recibió su educación, connaturalizándose al carácter caballeresco de aquel pueblo heróico, era, sin embargo, el ídolo de sus paisanos, y al imperio de su poder magnético sobre ellos, se rendían las voluntades. No es extraño que arrastrase al movimiento que se llamó de la Vuelta Abajo, en 1852, á muchos de los suyos, especialmente á don Juan González, rico hacendado que más tarde llegó á subir las gradas del patíbulo con Luis Eduardo del Cristo, y descender de ellas, gracias al indulto obtenido, por arte misterioso, del general don Valentín Cañedo.

Descubierta la conspiración por el gobierno, fueron presos los citados González y del Cristo, el ilustrado jurisconsulto Antonio Gassi, el conde de Pozos Dulces, Joaquín Fortuñ y José Balbín, como caudillos principales del movimiento, escapando Anacleto Bermúdez, (*) que al recibir aviso de la delación, tomó la cicuta con mejor éxito que Séneca, dejando la materia inerte á la ferocidad del déspota, y Estrampes, que logró permanecer fuera del alcance de sus perseguidores.

Juzgados todos por la Comisión Militar, fueron condenados á la pena capital González, del Cristo y Estrampes, éste en rebeldía, y á deportación los compañeros.

Estrampes tuvo la temeridad inconcebible de acudir disfrazado á la sala de audiencias de la Comisión Militar, y con calma imperturbable presenciar todo el procedimiento.

Á la mañana siguiente salía para Nueva Orleans á bordo del vapor americano *Black Warrior*, confundido entre los tripulantes.

Acontece generalmente que los hombres de enérgicos impulsos, de ancho corazón y clara inteligencia, son los más propensos á ser víctimas de la credulidad, por lo mismo que incapaces, por su manera de ser y de sentir, de mistificar la verdad por halagar

(*) Una de las inteligencias más brillantes que produjo Cuba. La aserción del envenenamiento ha sido discutida, y negada por sus familiares, pero es hecho constante que su muerte fué repentina, y que aun caliente su cadáver, andaban los esbirros en su busca.

á su egoísmo, suponen al prógimo dotado de olímpicas virtudes, y como los niños, en el candor de su inocencia, se creen al abrigo de la maldad. Estrampes no era escepción de esta regla, y en su afán infatigable por satisfacer la única ambición de su agitada vida, dejóse seducir por ampulosa fraseología y promesas de un cumplido éxito, dictadas más por punible presunción que por la plenitud del convencimiento, y se embarcó en la malhadada empresa que debía poner fin á su carrera.

Á bordo de una goleta americana y en compañía de tres amigos, entusiastas como él, salió de este puerto con dirección á Baracoa á mediados del año 1854, conduciendo armas y pertrechos para levantar la rebelión. Llevaba las seguridades más terminantes de encontrar á su arribo, en el lugar de su destinación, gente apropósito apostada para recibirle é internar las armas. Pero avisado el gobierno español anticipadamente, tomó éste sus medidas, y Estrampes y secuaces cayeron en los brazos del enemigo!

La defensa que hizo para salvar al capitán de la goleta y á sus compañeros, es un monumento imperecedero de valor y de nobleza.

Conducido á la Habana, fué encerrado en una bartolina del castillo de la Punta, inmediata á la que ocupaba don Ramón Pintó en la misma fortaleza, y sometido al sólito enjuiciamiento, lo condenaron á la pena de muerte en garrote vil.

En vano le imploraron sus amigos para que impetrase la clemencia del gobierno.

Muchas influencias mediaron en su favor para salvarle del suplicio, no siendo la menos simpática y comprometedora la de una hija del general Concha; pero este Angel Exterminador de los cubanos no podía, no debía prestar oído á las plegarias, sin conceder la misma gracia al venerable don Ramón Pintó, cuya supresión de entre los vivos, contra el dictámen del fiscal García Camba, era una pesadilla que le atormentaba.

La sentencia fué ejecutada "en el lugar y hora de costumbre," el sábado de Pasión de 1855.

Las solemnidades de la iglesia católica española son lujos de sentimentalismo del espíritu creyente, que no deben detener la acción de la cuchilla de la *ley*.

Aquel hombre extraordinario, de veintiseis años no cumplidos, salió para su Calvario con semblante plácido y sereno, el paso firme y la frente levantada. ¡ Iba camino de la gloria eterna!



JOSÉ MORALES LÉMUS

JOSÉ MORALES LÉMUS

NACIÓ en Gibara (Cuba) el día 2 de mayo de 1808, muy pocos días después que sus padres habían llegado allí, procedentes de las Islas Canarias. Murió en New York el 28 de junio de 1870. Don José Morales Lémus dedicó su laboriosa carrera de letrado, periodista, diplomático y revolucionario, á servir á Cuba.

Fué uno de esos hombres que se forman á sí mismos. Pobre, casi en la miseria, se dedicó desde sus primeros años al estudio, y en 1835 pudo recibirse de abogado en Puerto Príncipe.

Ya entonces era rico, por haber obtenido una herencia, pero siguió siendo modesto, apesar de que sus triunfos en el foro, donde se le oía con asombro y simpatía, le colocaron en altísima posición social.

Revolucionario por necesidad y por convicción, no por temperamento, tomó parte en las tentativas de López y de Pintó, en 1851 y 1855, respectivamente, y tuvo que emigrar á los Estados Unidos.

Abolicionista sincero, dió con anticipación libertad á sus esclavos; creciendo su popularidad á su regreso á la Isla, como uno de los redactores del famoso periódico reformista *El Siglo*, cuyos artículos fueron "como un reguero de pólvora por toda la Isla."

En 1866 lo designaron Comisionado por la circunscripción de Remedios para la desdichada Junta de Información en Cortes, de la que mereció el honor de ser elegido por sus compañeros, Presidente. Morales Lémus fué el primero que comprendió la burla de que habian sido objeto por parte del gobierno metropolitano: indicó la necesidad de retirarse y formuló la protesta. Su carácter anti-monárquico, anti-colonial, quedó probado en Ma-

drid, donde se fingió enfermo para no asistir á un besamanos en el palacio real.

Á los pocos meses de su regreso á la Habana, estalló el movimiento de Yara, y logró escapar á New York, donde se le nombró Presidente de la Junta Cubana. En ese delicado encargo patentizó una gran actividad y un ardiente deseo de servir á Cuba.

Aún no se ha hecho mucha luz sobre las peripecias que ocurrieron entre los hombres que, en época aciaga, tenían la representación cubana en el extranjero, pero parece fuera de duda que si don José Morales Lémus,—como hemos dicho antes, revolucionario por necesidad y no por temperamento—no demostró un gran carácter, cediendo á las influencias de sus compañeros, se dió á conocer, sin embargo, como un hombre sincero y como un patriota honrado.



BENIGNO GENER

BENIGNO GENER

NACIÓ en Matanzas en 1825. Murió en la finca Benavides, cerca de esa misma ciudad, el día 12 de diciembre de 1890. Muchas generaciones de cubanos han de pasar, y el nombre de don Benigno Gener se mantendrá vivo, pues los que lo conocieron y lo veneraron, presentarán sin duda á sus hijos, en sus recuerdos, al más acabado tipo de la generosidad, del patriotismo, de la hidalguía,—de que siempre dió pruebas el que vivió delirando por la dignidad de la patria, el que fué consuelo de los tristes, el que supo enjugar tantas lágrimas, el que heredó blasones de virtud y el que hizo de su hogar un templo.

De buen tronco brotan siempre ramas lozanas, y el tronco de don Benigno Gener, su padre, fué aquel catalán don Tomas, de quien Matanzas se enorgullece llamándole su hijo; aquel catalán que, según nuestro *Don Pepe* de la Luz, en carta que dirigió á don Domingo del Monte, decía que "el muy ilustre don Tomas Gener era uno de aquellos pocos hombres sensibles y justos que honran la tierra;" aquel catalán que fué, con el Padre Varela y Santos Suárez, nuestro representante en Cortes en 1820, y que en la memorable sesión del 11 de junio de 1823, votó por la destitución del servil rey Fernando VII.

El hijo heredó del padre el amor á la justicia, la honradez en sus acciones, la franqueza del carácter, la bondad del corazón.

No hay pluma que pueda describir, con color suficiente para producir impresión fiel, el carácter caballeresco, moral, dulce, sentencioso, profundo, de don Benigno Gener. Concebirlo en su conciencia, sólo es dado á quienes lo conocieron. Su continente grave, sereno, reposado; su mirada de águila; su frente espaciosa; sus cabellos blancos; su sonrisa de ángel. Estar á su lado

era separarse de lo vulgar, de lo terreno; porque aquel hombre era un inspirado; uno de aquellos que parecen predestinados para demostrar que existe la virtud, y cuyo premio, á más de la tranquilidad de la conciencia, debe estar en otra parte. ¡Y así deberá ser! En este mundo, don Benigno Gener no tuvo campo de patria dignificada y libre que reconociera sus méritos y virtudes. Un voto popular le hubiera podido hacer el primer ciudadano. Pobre, abatido por la fortuna, ha muerto, y la patria lamenta en su desconcierto político y económico, con sus trompetas de fama, sólo á aquellos que han hecho y podían hacer ostensiblemente, no á los que en el silencio sembraron fe en los corazones, no á los que consolaron á sus hijos tristes, á los que dieron de comer á los hambrientos, á los que vistieron á los desnudos proscriptos cubanos, en nuestra época de rudo y constante batallar.

El torbellino revolucionario, allá por el año 1871, envolvió á su hijo Tomas, condenado á cumplir condena en el presidio de Ceuta. Don Benigno—con su madre, su esposa, sus hijos, su hermana,—se fué á plantar su tienda en Cadiz, la juguetona y sonriente ciudad del Sur de España, para estar cerca del hijo presidiario, huyendo así á la vez de los rigores de la guerra en Cuba. Doce años permaneció aquella familia en la alegre ciudad, y las puertas de su mansión no se abrían sino cuando un cubano de los muchos míseros que por allí pasaban, iba á besar los pies, como tributo de reconocimiento, á la familia del bienhechor que los había socorrido; ó cuando los transeuntes acomodados quería aspirar bálsamo de virtud, que como incienso y mirra en los templos, se elevaba de aquel estrado de ángeles.

Don Benigno y su hermano don Plácido, salían, inquirían, indagaban; de día, de noche, en los vapores, en las cárceles, en los presidios, buscando cubanos deportados á quienes socorrer. La familia, en la casa constantemente, sin contacto con el mundo exterior. Nos consta que en doce años de residencia en Cadiz, dos veces solamente salió á la calle una de las niñas de don Benigno Gener, y eso por prescripción facultativa. ¿Ni qué tenían que ir á buscar los ángeles fuera de su templo, levantado lejos de la patria?.... Cuando esta yacía en el dolor y en la miseria, allí, en aquel confinamiento, agotó don Benigno Gener su fortuna material; pero allí también acrecentó su virtud de patriota, su alma de filántropo. Nunca tuvo una frase de reproche para los que abusaron de su bondad; siempre tuvo una palabra de con-

miseración para los extravíos humanos. Era tenaz y constante para hacer el bien.

En los presidios de España, por sus prescripciones reglamentarias, se hace difícil practicar la caridad; pero don Benigno Gener, desafiando las consecuencias, se acercó una noche en un bote á las paredes del asqueroso presidio de las Cuatro Torres, para inquirir por cincuenta infelices cubanos, que cubiertos de harapos, habían sido encerrados allí el mismo día.

Su placer, su contento, era hacer el bien y dilatar su alma grande y pura con las acciones nobles de los hombres. El retorno de don Benigno al hogar, producía siempre en su familia coloquios de delicia; todos inquirían afanosos por los sucesos del día, con relación á los cubanos. El gusto se convertía en dolor solemne cuando se esperaban medidas de rigor ó traslación de la carcel ó cuarteles á los presidios.

Una tarde regresaba don Benigno con la cara radiante, como la de un iluminado.

—¿Trae buenas noticias?—le preguntaron desde la escalera?

—Á Paulino Hechavarría y á los demás se los han llevado atados codo con codo para la Carraca.

—Pues parecía que usted venía muy alegre.

—Efectivamente, que traigo una gran satisfacción. Figúrense ustedes que llego á la carcel en momentos en que ocurría la partida de los deportados. Eran diezisiete; fueron atados de dos en dos, y por casualidad ó bien por lástima de los guardias, al verlo tan joven y enfermo, quedó suelto Paulino Hechavarría. "¡Adelante!" ordenó el cabo; pero he ahí que Paulino se resiste á andar, diciendo: "Si mis compañeros van atados, yo debo ir atado también, de lo contrario, no doy un paso adelante." El cabo, turbado y á la vez inconsciente ante aquella acción, ató al mozo rebelde; los despedí con una lágrima, y después radiaba de satisfacción, porque esas acciones levantadas y nobles que veo en mis compatriotas, no me dejan dudar del porvenir de nuestra tierra.

¡Así pensaba, eso discurría el varón justo, el noble filántropo, que en triste retiro acaba de morir dejando un altar en el corazón de los cubanos que se vieron socorridos por él, y una estela de gloria que resplandecerá por muchas generaciones!



TOMAS ESTRADA PALMA

TOMAS ESTRADA PALMA

NACIÓ en Bayamo el día 9 de julio de 1835. Reside actualmente, dirigiendo un colegio, en Central Valley, en el Condado de Orange, Estado de New Jersey, (Estados Unidos de América.) Don Tomas Estrada Palma comenzó sus estudios en la Habana, cursó leyes en Sevilla, y cuando se disponía á investirse con la toga de abogado, tuvo que regresar á su ciudad natal, llamado urgentemente para asuntos de familia.

En su desarrollo, no tuvo nunca el contacto del servilismo. La virtud y la moral fueron siempre su norma. Desde que era joven, se acercaban á él en demanda de consejo. Á su finca de campo, no lejos de su ciudad natal, donde vivía con su anciana madre, iban á visitarle las personas más prominentes, y del porvenir de su patria y de sus trabajos revolucionarios se ocuparon en aquella casa.

Estalla la guerra, y aun cuando Estrada Palma disentía de la fecha en que debía verificarse el movimiento, no titubeó en seguir á sus amigos, y se lanzó al campo de la lucha.

Cuenta Mr. James O'Kelly, en su libro de *Aventuras en Cuba*, y es de notoriedad pública, que la madre de Estrada Palma, que profesaba á su hijo un cariño sin límites, insistió, apesar de su edad avanzada, en seguirlo al campamento:

" Hízose expresamente una pequeña habitación en un lugar retirado para su residencia, y allí fué sorprendida y capturada por un destacamento español. La anciana señora se resistió tenazmente á acompañar á sus captores; pero fué arrastrada á viva fuerza. Cansados aquellos de su presa, y después de haberla hecho atravesar varias millas por espesos bosques, la abandonaron sin sentido en medio de las selvas. Á la mañana siguiente, guia-

dos por el rastro, hallaron los cubanos el lugar en que había sido abandonada la anciana, pero no lograron encontrarla. En vano fué registrado el bosque durante catorce días, hasta que por último fué hallada al pie de un arbol, casi muerta de hambre, habiéndose mantenido todo ese tiempo de las pocas frutas silvestres que pudo recoger. Apesar de los cuidados que se la prodigaron, falleció á los pocos días, á consecuencia del cruel tratamiento á que fué expuesta. Este triste incidente ha echado una sombra de dolor sobre la existencia de Estrada Palma, que no podrá jamás desvanecer la claridad del sol."

Cuenta el mismo O'Kelly, que después de su visita al Presidente Céspedes, salió escoltado por una columna al mando de Modesto Díaz, y que cuando llegaron á un lugar llamado el Macho, encontraron allí un campamento de mambises, á donde acababan de llegar los voluntarios del fuerte español el Congo, distrito de Manzanillo, los cuales en un asalto dado á aquel fuerte, se habían incorporado á las tropas cubanas. Serían unos doscientos voluntarios, cuyos vestidos nuevos y abundante repuesto, contrastaba notablemente con el traje único y gastado de los veteranos de la independencia. Su antiguo jefe, el comandante español, estaba también presente, habiéndosele permitido andar en absoluta libertad por el campamento, pero no salir de él. Su esposa, que era cubana, y su hijo le acompañaban. Fué presentado al general Díaz, quien lo recibió atenta, pero friamente. Causaba tristeza ver los esfuerzos que hacía para grangearse la benevolencia de sus captores, que no demostraban, por cierto, ninguna en su favor; y como nadie parecía inclinado á escucharle, abrió su pecho á O'Kelly, manifestándole lo crítico de su situación y que estaba dispuesto á ingresar en el ejército cubano, siempre que se le perdonase la vida. Le instaba para que intercediese en su favor, y aunque O'Kelly estaba decidido á no intervenir entre los beligerantes, suplicó sin embargo, á Tomas Estrada Palma que tratase de salvar al comandante español. Apesar de sus justos resentimientos contra los españoles, usó de su influencia para obtener el perdón del prisionero, y habiéndole recordado uno de los oficiales en presencia de aquel, el bárbaro asesinato de su madre, Estrada Palma dió esta respuesta:—"La memoria de mi madre es demasiado sagrada, para que yo la manche con un sentimiento de venganza."

Basta esa frase para pintar el carácter de ese hombre extra-

ordinario, verdadero Mesías, que sabe perdonar así á sus enemigos. De ese modo fué creciendo su ascendiente, y como miembro del Congreso Cubano, su espíritu fué siempre templado, conciliador, pero con la energía suficiente cuando se trataba de los altos intereses patrios.

Con Modesto Díaz hizo la mayor parte de la campaña, y demostró siempre su valor sereno, no hijo de un arrebato, sino de una voluntad decidida. Jamás lo atormentó el hambre ni se desesperó por la sed. Su equipaje llegó á ser el arma al brazo con los vestidos y el calzado rotos. Se notaba en su alma un fondo de tristeza, pero en su frente lucía una chispa divina. No es de extrañarse, y honra para nuestra revolución ha sido, que hombre como Tomas Estrada Palma fuera investido con el cargo supremo de Presidente de la República Cubana.

Con ella estaba llamado á caer. En 19 de octubre de 1877 fué hecho prisionero, conducido á la Habana por orden del general en jefe Martínez Campos, y después deportado á España, de acuerdo con el general Jovellar. Grandes esfuerzos tuvo que hacer la autoridad superior de la colonia para que Estrada Palma aceptase, á última hora, una muda de ropa. Durante los cinco días que estuvo encerrado en el castillo del Morro, el general Jovellar le insinuó más de una vez, por medio de sus ayudantes, que le recibiría con gusto, si él deseaba verle; pero Estrada Palma rehusó siempre aceptar la invitación. Sin embargo, estando ya en el vapor correo que debía conducirlo á España, y hallándose también allí el general Jovellar, que había ido á bordo con objeto de despedir al general La-Portilla, se le invitó de nuevo, y no queriendo entonces pasar por descortés, aprovechó la ocasión de dar las gracias al capitán general por las atenciones que le había dispensado.

Su ademán, triste y altivo á la vez, denunciaba el carácter enérgico que animaba en aquella sombra de mendigo: no se olvidó un momento de que días antes era dignificado por los suyos con el título de Presidente de la República. El capitán del vapor, en seguida se puso á sus órdenes, manifestándole que tenía instrucciones de facilitarle cuanto necesitara.—"Necesito, dijo, que sea cual fuere, se me designe el lugar del buque en que he de permanecer durante el viaje." El capitán, dispensándole toda clase de cortesías, lo condujo á un camarote, que Estrada ocupó en el acto, encerrándose en él desde el momento en que se le dejó solo.

Durante aquella larga travesía nadie le vió. La mayor parte de los pasajeros supieron su presencia á bordo, cuando fué conducido por las autoridades del puerto de Cadiz, desde el vapor al castillo de Santa Catalina. Allí permaneció trece días y tuvo el placer de abrazar á su pariente el esclarecido abogado don Estéban de Estrada y á otros patriotas cubanos, entre ellos al noble don Plácido Gener. El gobierno dispuso fuese trasladado á las prisiones del Norte, y fué encerrado en el castillo de Figueras, cerca de Barcelona.

La colonia cubana de la capital de Cataluña, tan luego tuvo noticia de la presencia del ilustre bayamés en la prisión, diputó una comisión compuesta de su antiguo compañero de guerra, también deportado, doctor don José Miguel Párraga y el joven y distinguido doctor don Diego Tamayo Figueredo, quienes le entregaron algún dinero para atender á sus apremiantes necesidades y las de Hernández, su compañero de prisión.

La dignidad y energía de su carácter, se pintan en los siguientes párrafos, de una carta dirigida desde el castillo de Figueras á un compatriota y amigo:

. . . .

"Un sargento empleado en la Secretaría del gobernador nos trajo ayer cuatro ejemplares de las cédulas que se acaban de distribuir para el censo general de población. Desde luego preví la dificultad con que íbamos á tropezar, y haciendo observar al sargento que nosotros, como prisioneros de guerra, nada teníamos que ver con aquel censo, traté de devolverle los papeles. Él insistió en que nadie, dentro de los dominios españoles, estaba exento de cumplir el requisito que se nos exigía; entonces, para evitar desagradable discusión y poniéndonos de acuerdo José Nicolás y yo, llenamos las cédulas, escribiendo "Cuba" en la casilla destinada á consignar el lugar de nacimiento de los extranjeros. Autorizadas con nuestras firmas, devolvimos las cédulas al sargento, que se retiró en el acto. En la mañana de hoy, el mayor de plaza, teniente coronel graduado de coronel, vino á significarnos á nombre del brigadier gobernador del castillo, que no era posible dar curso á las cédulas que habíamos llenado el día anterior, por haberse inscrito sin duda equivocadamente, el nombre de nuestra naturaleza en una columna que no era la propia, por ser Cuba una dependencia española; que en tal concepto, nos traía nuevos ejemplares para que rectificáramos el error. Inmediatamente le contesté: — "Mucho me place entenderme con

usted en este asunto; me dirijo, pues, al caballero. He venido figurando activamente en la revolución cubana, cuya bandera es la independencia de la Isla. Cuando caí prisionero ocupaba el puesto de Presidente de la República Cubana. Ahora bien, si hallándome libre, no había desistido de mis principios políticos, imposible es, de todo punto imposible, que en el recinto de una prisión dé el más ligero motivo de ser considerado menos digno que los compañeros míos que continúan sosteniendo con las armas la causa á que he consagrado mi existencia. Si yo procediese de otro modo, ustedes serían los primeros en formarse de mí una idea muy pobre, y debo añadir, que tampoco sería digno del señor brigadier, que se empeñase, caso de que lo hiciera, en que yo obrase de una manera contraria á mi decoro." Á este punto, el teniente coronel me interrumpió, diciendo que una estricta disciplina le obligaba á no permitir que en su presencia se hablase del gobernador, que era su jefe, de un modo inconveniente, esperando así que yo tendría en consideración esa circunstancia. Le repliqué que había partido sólo de un supuesto, sin intención de inferir la menor ofensa al brigadier. Hecha esta explicación, proseguí expresándole que por las razones ya expuestas, no podía en manera alguna llenar la casilla correspondiente á la nacionalidad española; que desde el instante en que caí prisionero me había propuesto, como regla invariable de conducta, imprimir á todos mis actos la más severa conformidad con mis principios, resignándome á sufrir las consecuencias. Terminé manifestando que la actual dificultad era para mí mucho más desagradable, por el temor de que se me atribuyese el deseo de hacer alarde de esos mismos principios, siendo así que estaba muy lejos de mi ánimo semejante propósito. El teniente coronel se retiró, asegurándome que haría presente al gobernador cuanto había escuchado de mis labios."

Estrada y Hernández, su Secretario privado, ocupaban un pabellón en un segundo piso; á la puerta estaba de guardia, de día y de noche, un oficial, que era el jefe del piquete situado en el piso bajo; dos centinelas, uno por el lado del frente, otro al fondo del edificio, vigilaban constantemente las ventanas del pabellón. La puerta se mantenía cerrada con llave, y al oficial le estaba prohibido entrar, á no ser á la hora del relevo. Nadie podía visitar los presos, sino con especial permiso del gobernador, que se sentía bien poco inclinado á concederlo. Ni una vez si-

quiera se les autorizó para respirar el aire fuera de su encierro. Es verdad que muy al principio se les invitó á que asistiesen á misa los domingos, incorporados al Estado mayor del brigadier; pero Estrada Palma rehusó cortésmente aceptar la invitación, que, á ser cierto lo que más tarde se le aseguró, no tenía otro objeto, sino el de exponer su persona á la vista de toda la guarnición, en el momento de formarse la tropa en la plaza, para marchar á la capilla; con esa medida pretendía el gobernador que sería más difícil la fuga, si Estrada pensaba en ella.

Bien se comprende, por el modo con que estaba guardado y vigilado, que era casi inútil intentarla con probabilidades de éxito. Á algunos de sus amigos se les ocurrió el pensamiento, mas sus buenos deseos se estrellaban contra la imposibilidad material de realizarlos.

Estrada Palma ocupaba el día y algunas horas de la noche, leyendo ó meditando en el destino de Cuba; hablaba con Hernández sobre el mismo tema y escribía, auxiliado por ese compañero leal, su correspondencia, que era larga, porque estaba en comunicación con amigos fieles, que no perdían oportunidad de hacer llegar hasta él los consuelos generosos de su invariable cariño.

Así pasaba su vida aquel varón justo, honra del pueblo cubano, esencia pura del patriotismo.

El pacto del Zanjón devolvió á Tomas Estrada Palma su libertad. El gobierno español le ofreció la entrega de sus bienes, destino público, cuanto deseara el que había sido su ilustre cautivo; pero éste rechazó con noble entereza esas ofertas, y durante trece años las ha estado rechazando, porque ha creido que su deber le mandaba perderlo todo, antes que ir á participar del "banquete funeral" de la colonia.

Á la hospitalaria tierra hondureña fué á parar, y allí unió su suerte á una mujer angelical, digna de él, y con ella y su hijo vino á plantar su tienda de peregrino por estas regiones donde casi siempre triunfa la materia sobre el espíritu. Buscó un lugar donde se vieran montañas, y fundó una escuela. Y Estrada Palma ha conseguido que las gentes de aquellos contornos lo veneren como á un patriarca y lo bendigan como á un bienhechor. Su casa es hogar, es escuela, es templo. Tomas Estrada Palma que revolucionó en la política de su tierra, apesar de su evangélica mansedumbre,—porque como bueno creyó que se necesitaba destruir para fundar,—ha revolucionado aquí la instrucción, con

respecto á los niños hispano-americanos. Antes venían á confundirse con elementos antitéticos y perdían sus costumbres, y no pensaban en la patria; hoy mantienen aquellas y la llama del amor al suelo natal se conserva viva, aprendiendo además á imitar á este país en todo lo que de grande tiene, para la práctica de la vida. No hace mucho tiempo, varios amigos y admiradores suyos fueron á visitarle allá á su Central Valley, y con estas palabras nos cuenta uno de ellos sus impresiones: — "¡ Lástima que no lo hubiese usted visto, entre las flores y los nogales, con un coro de hijos felices á su alrededor, como el genio bueno de todos aquellos dominios, y por fondo del cuadro, las montañas! Le han crecido los ojos, anda como si tuviera un pueblo detrás, lleva el sombrero más á menudo en la mano que en la cabeza, no dice palabra que no sea de esperanza en la patria y de consejo á la virtud, sirve de pie á sus huéspedes, como los patriarcas de la Biblia."

Así vive hoy un Presidente de la República Cubana. Digno y grande es el pueblo que cuenta con hijos como ese. Sus virtudes y su noble ejemplo son prendas de garantía para los que flaquean, ante las dudas de un porvenir incierto.

Necesitamos fe, y los caracteres como Tomas Estrada Palma la saben sembrar, para que broten á raudales la caridad y la esperanza!....



DONATO MÁRMOL

DONATO DEL MÁRMOL

NACIÓ en Santiago de Cuba el día 14 de febrero de 1843. Murió de fiebre cerebral el 20 de noviembre de 1870, en el campamento cubano de Barigua, cerca del río Cauto, verificándose su enterramiento en el área de la hacienda San Felipe.

Después de las personalidades de Céspedes y Aguilera, tal vez ningún otro trabajó más para que estallase en Cuba el movimiento que se llamó de Yara, que Donato del Mármol. Joven, de familia distinguida, con valor extraordinario, tenía cierto poder de atracción, que le daba carácter para revolucionario y organizador.

Había tomado una parte activa en todos los preparativos del levantamiento, así fué que se encontró en posición de secundar á Céspedes, y Mármol, el día 13 de octubre de 1868, se sublevó con más de cién hombres, en la finca Santa Teresa.

Aunque con muy pocas armas, organizó, lo mejor que pudo, una columna que recibió su bautismo de sangre derrotando á las fuerzas del coronel Quirós, á las que tuvo en jaque desde Baire hasta las puertas de la ciudad de Santiago de Cuba.

Carlos Manuel de Céspedes le nombró general, encargándole de las fuerzas de las jurisdicciones de Cuba y Jiguaní. Como su jefe de Estado mayor figuró el después invicto general Máximo Gómez.

Donato del Mármol sublevó también toda la jurisdicción de Guantánamo, designando diversas partidas al mando de Antonio Maceo, Silverio del Prado, Camilo Sánchez y otros que después adquirieron gran renombre. Auxiliado eficazmente por Máximo Gómez, atrincheró el puerto de tierra de las cercanías de Santiago de Cuba, conocido por de Bayamo, mientras que situaba un

grueso contingente de tropa en el ingenio Sabanilla, cortando el ferrocarril y poniendo sitio á aquella ciudad. La célebre noche del 24 de diciembre de 1868, envió de parlamentario á su ayudante Pío Rosado, al gobernador español de Santiago de Cuba, brigadier don Fructuoso García Muñoz; y á la verdad, no se concibe todavía cómo aquel y su asistente pudieran haber regresado al campo insurrecto sin haber sufrido atropello alguno, teniendo en cuenta la excitación de las pasiones. Tal vez se debiera á que García Muñoz, después de la entrevista con Rosado, dispuso que un escuadrón de caballería acompañase á los parlamentarios hasta las afueras de la población, manifestando al teniente Blasquez, que mandaba dicha escolta, que con su vida era responsable de la de aquellos. No han sido verdaderamente conocidos los móviles de García Muñoz, al observar esa plausible conducta.

Carlos Manuel de Céspedes ordenó después que Donato del Mármol se alejara de Sabanilla y pasara á Cauto, para detener la marcha de Valmaseda, que se dirigía á Bayamo. Encontró á las fuerzas de éste en Saladillo, trabándose un combate desigual, pues los hombres de Mármol carecían de armas de fuego, á no ser escopetas viejas.

De regreso de Guáimaro á Holguín, se proveyó de pertrechos de guerra de los que había llevado el general Jordan, en su famosa expedición del *Perrit*.

Así es que en poco tiempo creció el prestigio de Donato del Mármol, tomando parte en innumerables acciones, descollando por su energía extraordinaria y por su carácter altivo y desdeñoso, que no se adaptaba algunas veces al espíritu democrático que estaba encarnado en la revolución.

Aquel incansable batallador, aquella naturaleza de hierro, que parecía llamada á resistir todos los peligros, sucumbió prematuramente, cuando estaba llamado á prestar grandes servicios. La historia de Cuba conserva, sin embargo, un puesto prominente á Donato del Mármol, que fué uno de los primeros que volaron á salvar la patria, cuando llegó la hora del peligro.



HONORATO DEL CASTILLO

HONORATO DEL CASTILLO

NACIÓ en Sancti-Spíritus (Cuba) en el año 1844. Murió á fines del 1869 cerca del río Guayabo, jurisdicción de la citada población. La revolución cubana, que ha producido tan nobles caracteres, coloca en uno de los primeros lugares á Honorato del Castillo. Vivió para la patria, y en aras de su libertad é independencia supo sacrificarse.

Á los veintidos años dirigía un colegio en el lugar de su nacimiento, y por espacio de tres años enseñó allí á los niños, pasando después á la Habana, donde ingresó en el famoso *Salvador*, y de alumno (pues allí perfeccionó su educación general) llegó á ser profesor de tan reputado establecimiento docente, mereciendo el honor de ser, en varias ocasiones, vicedirector interino.

Había sido estudiante de medicina, y sus conocimientos en esa facultad se estimaban mucho. Á los comienzos del año 1868 se declaró el cólera en la Habana, presentándose la oportunidad para que Honorato del Castillo diera palmarias pruebas de sus abnegados sentimientos, de su amor á la humanidad, asistiendo á innumerables coléricos, que yacían en los hospitales, hasta que él mismo se vió atacado de la horrible epidemia, estando á punto de ser víctima de ella.

Á los pocos días de haber estallado el movimiento de Yara, en octubre de 1868, Honorato del Castillo, templada su alma para los combates, como para todo aquello que el honor y la dignidad demandan, se fué de incógnito á las Villas y permaneció entre las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y Remedios, á cuyos moradores dió cuenta de que había llegado la hora de las grandes reivindicaciones. Con un buen contingente de hombres encabezó un movimiento en aquellos territorios, y pronto su nombre

se vió envuelto en la aureola de gloria de que se cubren los redentores.

La firmeza de sus principios, la energía de su carácter, la solidez de sus conocimientos, le asignaron puesto prominente en la Cámara Cubana, y fué uno de los que votó la inmortal Constitución de Guáimaro, en 10 de abril de 1869.

Cumplidos los deberes del legislador, manifestó que más servicios podía prestar en los campos de batalla, y con algunos hombres voló nuevamente á las Villas, donde batió con valor indomable y con serenidad pasmosa á los españoles, que más de una vez anunciaron su muerte, para hacer creer que había desaparecido el temor de que acometiera á sus huestes tan esforzado enemigo.

Aquel titán no pudo combatir por las libertades cubanas sino poco tiempo. Á fines de 1879 ya había muerto. Hay muchas versiones sobre la manera como se verificó ese trágico y deplorable suceso. Uno de sus compañeros de armas nos afirma que fué sorprendido, mientras tomaba agua, completamente solo, en el arroyo Guayabo, por una emboscada de las fuerzas españolas que mandaba el coronel don Ramón Portal.

¡Singular coincidencia! Las mismas tropas de Honorato del Castillo, de las que se hizo cargo, después de su muerte, otro valiente—Angel Castillo,—coparon la columna del coronel Portal á los pocos días, matando á éste. Vida por vida, jefe por jefe, sangre por sangre. ¡Terrible es la guerra, pero necesaria! En ella hay gloriosas muertes y estériles sacrificios. El coronel Portal fué uno más de los que España manda perecer en sus colonias, donde no dejan estela de gloria, pues luchan por una causa injusta.

La muerte de Honorato del Castillo ha dejado estela luminosa en las generaciones de cubanos que lo bendicen, y en los amantes de la libertad que le tributan culto.



JUAN CLEMENTE ZENEA

JUAN CLEMENTE ZENEA

NACIÓ en Bayamo (Cuba) el año 1831. Murió fusilado en la Habana el día 25 de agosto de 1871. Fué poeta de renombre, profesor, periodista, revolucionario y martir. Los versos de Zenea son bellos, bellísimos; atraen, seducen, enamoran. En el estilo hay corrección, novedad en las imágenes, acercándose más á la escuela francesa que cultivó Alfredo de Musset, que á la originalidad que pudiera tener la que practica Campoamor.

El sarcástico Martínez Villegas no encontró nunca censuras, al hacer crítica de los versos de Zenea; y Menéndez Pelayo y Estébanez, de España, y el doctor Zambrana, Piñeyro y Merchán, de Cuba, hacen grandes elogios del cantor tierno, apasionado y sublime de *Fidelia*.

El primer tomo de sus poesías lo publicó en la Habana, por entregas, el señor don Néstor Ponce de León, que dirigía allí el periódico literario *Las Brisas de Cuba*. En 1871, precedido de un magnífico artículo necrológico, publicó en New York el señor don Enrique Piñeyro, un tomo titulado *Poesías Póstumas* del malogrado Juan Clemente Zenea, escritas durante su larga prisión. El mismo Piñeyro publicó después otro tomo de *Poesías Completas* de Zenea, en el que sin embargo, faltan algunas de sobresaliente mérito. Las tres ediciones están agotadas. Zenea dejó inédito un juicio sobre Heredia.

Diezisiete años tenía Juan Clemente Zenea y ya era revolucionario con los proyectos de Narciso López, que eran entonces los únicos prácticos. Fracasados estos, suministró el pan del alma á los niños como profesor del *Salvador* y director del Colegio de Humanidades, difundiendo á la vez con su pluma en el periodismo, donde obtuvo justo renombre, la buena nueva.

En México estaba, ocupando una posición distinguida Juan Clemente Zenea, cuando Carlos Manuel de Céspedes se levantó en Yara. Repercutió en su alma el mágico grito de independencia y se fué enseguida á la Habana á tomar nota de la contienda, siguiendo á New York para trabajar por la revolución de su patria. Fué periodista fogoso, dió conferencias, se alistó en expediciones, y después de haber fracasado en dos, pudo llegar á los campos de Cuba, procedente de Nassau, en 1870. Una misión que su alma noble consideraba honrada, le llevó allí, sin que por esto prevaricara de las opiniones de toda su vida. Preso en 30 de diciembre, cuando se disponía á regresar al extranjero, fué conducido á la Habana y encerrado en el castillo de la Cabaña.

"Allí,—como dice Manuel Sanguily—vivió en las amarguras de un calabozo durante ocho meses de agonía. Había entrado en él esperanzado y lozano, y cuando se abrieron sus puertas, el vulgo pudo verle marchar al patíbulo, triste, decaído y con el cabello blanco. Mientras todos consentían aquella innecesaria atrocidad, él se encaminaba por la *Via-crucis*, viendo únicamente, en el silencio de su espanto y desesperación, allá á lo lejos, en día nivoso y húmedo, á una mujer y á una tierna niña,

"La huérfana infeliz y pordiosera,"

que enlazadas las temblantes manos, más pálidas entre sus tocas negras que el triste invierno, subían y bajaban llorosas la escalera agena, á la luz cenicienta de extranjero cielo."

La ejecución de Juan Clemente Zenea fué un crímen; fué un verdadero asesinato. ¡Caiga su sangre sobre aquellos impasibles verdugos, en quienes, después de ocho meses, la pasión fría no pudo enmudecer el rencor!

El patriota decidido, el esposo modelo, el padre amante, supo morir como mueren los valientes. Le pidieron humillante contrición, y él, como libre-pensador, se negó á ella. De sus labios salía la palabra *Piedad*, pero no era conmiseración lo que demandaba; era el recuerdo dulcísimo y triste de su hija de ese nombre, la *Golondrina* errante, la heredera de su fantasía y de su genio, ante la que nos prosternamos, con profundo cariño, admiración y respeto, en este momento que le evocamos tan tristes y luctuosas memorias.



BERNABÉ DE VARONA

BERNABÉ DE VARONA

"BEMBETA"

NACIÓ en Puerto Príncipe el día 23 de noviembre de 1845. Murió fusilado en Santiago de Cuba el 4 de noviembre de 1873.

El patriota y distinguido escritor camagüeyano señor don Benjamín J. Guerra, ha escrito para el ÁLBUM DE "EL PORVENIR," lo siguiente: —

Entre los nombres escritos con sangre en la historia de nuestra revolución, y con caracteres de fuego en el corazón y la conciencia de nuestro pueblo, pocos hay que brillen con fulgores tan límpidos, ninguno que evoque más entusiasmo que el de Bernabé de Varona y Borrero, conocido con el apodo glorioso de *Bembeta.*

Aún no cubría el vello de la juventud la noble faz de este valiente joven, cuando el que escribe estas líneas, muy niño entonces, recuerda haberle visto en la cárcel de Puerto Príncipe, donde, por no haber otro sitio (tal era el número de presos políticos) ó por la refinada maldad del gobernante, se le había designado como calabozo el cuarto donde se guardaba el *garrote.* Allí lo vimos, y aún vive clara en nuestra mente la imágen de aquel joven glorioso, de mirada franca y viva, de constante sonrisa, de cutis fino y blanco, frente espaciosa y miembros que parecían modelados en bronce.

Recibía á sus amigos sentado en una silla de cuero que gustaba recostar en el aparato de destruir vidas humanas, que le habían dado por compañero, y se burlaba de la horrible máquina como si sólo le inspirase ideas alegres y cuando más jocosas, aquel lúgubre aparato, donde había corrido la sangre de tanto desgraciado.

De allí lo enviaron á la Habana al general Lersundi, bajo la acusación de conspirar para sublevar los negros caleseros de la capital del Camagüey; pero el capitán general no quiso ver un conspirador temible en el que más parecía niño inocente y candoroso, y ordenó que se le pusiese en libertad, para que volviera á su pueblo y no hiciese más travesuras. Cuando Varona regresaba, ya ardía la guerra en el Camagüey, y el gobernador Mena lo mandó detener en Nuevitas, poniendo una guardia en la casa en que se hospedaba; pero nuestro heroe pudo escaparse por el patio, dejando acostado en su cama un pariente suyo.

Pronto se unió *Bembeta* al Ejército Libertador.

Innumerables y harto conocidos son los hechos que se citan de su arrojo, que rayaba en temeridad. En corto tiempo estuvo al frente de un regimiento, y después mandó como general una brigada; pero soldado, oficial, jefe ó general, siempre fué el primero en el combate, y de su valor impetuoso conservan aún vivos recuerdos los que con él se batieron en las acciones de las Tunas, San José, las Minas y las Yeguas.

Los rasgos que le dieron merecida fama fueron su arrojo y valor en la pelea, y su clemencia después de terminada. Jamás permitió que donde él estaba se ejecutase un prisionero, y á veces incurrió en el desagrado de sus jefes por contravenir disposiciones en este sentido.

Copada una trinchera española en Puerto Príncipe, quiso el general cubano fusilar á todos los prisioneros, en represalias á una carnicería horrenda hecha por los españoles en aquellos días; pero *Bembeta* no descansó hasta lograr salvarlos de la muerte, y los que no quisieron voluntariamente sentar plaza en las filas insurrectas, entraron en Puerto Príncipe gritando: ¡Viva España! ¡Viva *Bembeta!*

Fueron tantos los prisioneros que salvó, que llegó á ser verdaderamente querido entre los jefes y oficiales españoles, muchos de los cuales decían que habrían querido hacerle prisionero para tener el gusto de salvarle.

Hacia el año de 1869 había en el campo insurrecto, á poca distancia de Puerto Príncipe, una familia del Camagüey de la que se sospechaba que sostenía correspondencia con el enemigo. Una de las señoritas de esta familia era la dueña del corazón de nuestro *Bembeta*.

Llamó el general en jefe á varios comandantes, entre ellos á nuestro heroe, para acordar la manera de vigilar la casa, situando

una fuerza en sus cercanías. *Bembeta* se indignó á la idea de que en aquella casa, á cuyo jefe había él de dar el nombre de padre, y donde residía la que él amaba, se abrigase la traición, y así lo manifestó con toda la franqueza y vehemencia de su carácter. La cuestión era tan delicada, que los demás jefes rehuían aceptar tal comisión, sobre todo cuando sabían que aquello disgustaría notablemente á *Bembeta*.

En tal situación, el general en jefe resolvió ordenar al mismo *Bembeta* que situase su campamento cerca de donde moraba la familia, y le hizo responsable de sus movimientos, comisión que hubo de aceptar de buen grado, tanto porque no fuese otro oficial á molestar á sus amigos, cuanto porque le daba la oportunidad de ver con frecuencia á la dama de sus pensamientos.

Una mañana en que la pequeña fuerza había salido á forragear y á buscar provisiones, se encontraba *Bembeta* en su campamento acompañado de sus ayudantes y asistentes. Se reclinaba muellemente en su hamaca de demajagua, cuando uno de los últimos trajo la noticia de que una columna española estaba en la finca vecina, residencia de la familia vigilada, y que ésta se disponía á partir con los españoles para la ciudad.

Saltó el jefe de su hamaca, y gritando "¡ Á caballo!" se ciñó sus armas. Á caballo todos los presentes, contólos, y vió que incluyendo los asistentes y su negrito cornetín de órdenes, eran catorce. No podía esperar, porque ya se veía á lo lejos la fuerza española formada en columna de viaje con los carruajes de la familia encerrados en su centro.—"¡ Muchachos, dijo *Bembeta*, si esos pícaros nos llevan la familia, mi honor está perdido para siempre, y prefiero morir. ¿ Seríais capaces de acompañarme á arrancársela á la columna?"—"Estamos dispuestos á morir con el general," contestaron los trece compañeros.—"En marcha, pues, dijo el jefe: cinco de vosotros atacareis por el flanco izquierdo; cinco por el flanco derecho; y yo, con el corneta y dos ayudantes, atacaré por la retaguardia. ¡ Á galope!" Y á galope partieron aquellos catorce valientes.

La columna española constaba de más de trescientos hombres de todas armas; y sorprendida á la vez por ambos flancos por el fuego de diez rifles, se replegó y se preparaba á la defensa cuando mandó *Bembeta* tocar "¡ Á degüello!" á su negrito cornetín, é irguiéndose en su alazán gritaba:—"¡ Aquí está *Bembeta!* ¡ Al machete los del flanco izquierdo! ¡ Fuego mis rifleros por el flanco derecho! ¡ Conmigo la caballería del Camagüey!"

"¡Viva *Bembeta!*" gritaban los que le acompañaban, al tiempo que todos, dispuestos á morir, arremetían como leones furiosos.

El jefe de la columna, desconcertado por el triple y simultáneo ataque, y creyendo, por los gritos de mando de *Bembeta*, que era acometido por fuerza mayor, tocó retirada y entró en la ciudad diciendo que había sido atacado por fuerzas considerables al mando del terrible *Bembeta*; en tanto que el jefe insurrecto, justamente orgulloso de su triunfo, conducía á lugar seguro la familia rescatada por hecho tan heróico, en los carruajes que las balas enemigas habían agujereado por completo.

Enviado en comisión especial por el gobierno de la República, abandonó las costas de Cuba en un fragil bote que lo llevó á Jamaica, de donde, siguiendo órdenes se trasladó á New York, París y México, y colectó fondos para armar la expedición del *Virginius*, al mando de la cual salió para Cuba en 1873.

Apresado el vapor *Virginius* en alta mar, después de cruentos sacrificios, fueron los expedicionarios conducidos á Santiago de Cuba y sentenciados á muerte en Consejo de guerra verbal. Encontrábanse á la sazón en Santiago de Cuba quince oficiales españoles que habían militado en el Camagüey, y hechos prisioneros, habían sido libertados en el campo por *Bembeta*, dícese que acudieron al brigadier Burriel pidiéndole la vida de quién había sido su generoso salvador; pero este jefe español, cuyo nombre es oprobio para la humanidad, cerró sus oídos á todo sentimiento de justicia ó de clemencia para quien había sido tan clemente con los suyos. Quiso, sí, tener una entrevista é interrogar al denodado general cubano; pero éste trató á la fiera humana con desdén y desprecio altivo, dignándose apenas contestar con monosílabos á sus infamantes preguntas.

La corta, pero brillante carrera de nuestro heroe tocaba á su glorioso fin. El que había sabido vencer y perdonar, no podía menos que saber morir.

El que llevaba en su frente la palma del heroe, iba á ceñirse la corona del mártir.

Cuando llegó el momento supremo, *Bembeta* se presentó sereno y sonriente, y aseguran testigos presenciales que lanzó un estentóreo ¡Viva Cuba libre! en el momento que ocho balas le atravesaron el pecho.

Su cadáver fué conducido en una carreta y sepultado en la fosa común; pero su memoria vive y perdura en todos los corazones amantes de la gloria y de la independencia de la patria.



LEONTE GUERRA

LEONTE GUERRA

NACIÓ en Puerto Príncipe (Cuba) el día 6 de enero de 1839. Murió á mediados de 1872, en un encuentro con las tropas españolas, en los montes del Anoncillo. Leonte Guerra, después de cursar la instrucción primaria en el lugar de su nacimiento, pasó á la Habana é ingresó en el colegio el *Salvador*, que dirigía don José de la Luz y Caballero; cursó con tanto provecho las lecciones del sabio maestro, que mereció el honor de ser profesor de varias asignaturas en dicho renombrado colegio.

En el año 1863, la Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana, resolvió pensionar, para que estudiaran agronomía, en Gemblous (Bélgica) á cuatro jóvenes. Se llamó á concurso, y Leonte Guerra, que fué uno de los opositores, obtuvo pensión. Con sus otros tres compañeros marchó á la famosa escuela belga. Gran satisfacción tuvo el señor don José Silverio Jorrín, uno de los más ilustres miembros de la patriótica Sociedad de Amigos del País, cuando al visitar aquel establecimiento de enseñanza, supo por boca de su director, que los cuatro jóvenes cubanos eran los más sobresalientes alumnos que tenía, sobrepujando á los de las demás nacionalidades y distinguiéndose por su conducta ejemplar.

En 1868 regresó Leonte Guerra á la Habana, provisto de su título de ingeniero agrónomo, y en seguida el inteligente agricultor don Juan Poey lo puso al frente de su renombrado ingenio modelo las Cañas, donde Guerra dió pruebas de sus vastos conocimientos.

Antes que el trabajo, antes que las comodidades y satisfacciones de la vida, está la patria. Eso entendió Leonte Guerra,

y desde el momento que los albores de la revolución se vieron asomar, ya él formaba parte de la Junta de la Habana. Cuando estalló en Yara el movimiento encabezado por Céspedes, fué enviado por aquella á ponerse de acuerdo con la del Camagüey, y los sucesos se precipitaron de tal manera, que el día 3 de noviembre de 1868, ya estaba Guerra en el campo, tomando parte activa en los primeros y vigorosos movimientos de aquellas comarcas.

En la célebre Junta de las Minas, en noviembre 26, se opuso tenazmente á la propaganda iniciada por Napoleón Arango, para que se aceptaran las reformas que ofrecía el conde de Valmaseda, con tal que depusieran las armas los revolucionarios cubanos. Guerra hizo uso de la palabra apoyando á Eduardo Agramonte y á Salvador Cisneros, y ejerciendo gran influencia en el ánimo de las huestes para que se decidieran por la guerra, al grito de independencia ó muerte.

Cuando varios jefes del Camagüey se presentaron al gobierno, algunos de ellos se acercaron á Leonte Guerra y trataron de inducirle á que los siguiese, demostrándole lo temerario y lo imposible de la empresa, y haciéndole ver que en los campos sólo podía esperarse una muerte inevitable é infructuosa, á lo que él contestó: — " La vida vale muy poco para que suframos tamaña humillación por conservarla. Yo moriré aquí, en el puesto que la dignidad de cubano y de hombre me designan."

Prestó en esta época notables servicios como organizador de muchas partidas. Fué después destacado con algunos oficiales á organizar la insurrección en la parte del Camagüey, limítrofe á Sancti-Spíritus y Remedios, y con una pequeña fuerza mal armada, tuvo en continua alarma á los españoles de aquellas jurisdicciones, atacando varios poblados. Saqueó con éxito los pueblos de Mayajigua y las Chambas, rehaciéndose en ellos de armas, municiones, ropas, etc.

Más tarde, con el grado de teniente coronel, organizó el Segundo batallón de línea, que mandó por largo tiempo y á cuyo frente se encontró en diversos hechos de armas, distinguiéndose en el ataque y toma de la trinchera de Sabana Nueva.

Tenía Leonte Guerra nombre entre los jefes, como organizador y severo observador de los principios, disciplina y reglas militares. Rehusó diferentes puestos civiles, prefiriendo la vida del campamento.

Era notable tirador y en varias ocasiones tomaba el rifle de

su asistente, cuando era necesario hacer una puntería para quitar del medio algún vigía ó corneta enemigo.

Ese valor sereno, esa firmeza de carácter, ese probado patriotismo, estaban llamados á extinguirse por la muerte implacable, prematuramente, cuando su preciosa vida era tan util á la patria.

Á mediados del año de 1872, convalecía en un rancho, de una grave herida que había recibido, en desigual combate. Cuando con mucho esfuerzo pudo dar algunos pasos, salió á explorar con pocos soldados las cercanías, en busca de algún colmenar que les diera su rica y nutritiva miel. Al fin satisfacen su deseo, y sobre un corpulento arbol avistan el colmenar, pero imposible de trepar aquel, tal era su colosal tamaño. Deciden entonces echarlo abajo. Tropas enemigas oyen los ruidos del hacha, se aproximan, cercan el arbol, la escolta de Leonte Guerra puede escapar; á él le es imposible, está baldado. Echa mano á su revólver, dispara los seis tiros con que estaba cargado, y pocos segundos después cae á tierra, derribado por veinte balas enemigas! . . . .

. . . .

¿Por qué esas almas, que flotan por el espacio infinito, de tantos heroes y tantos mártires cubanos, no hieren con su recuerdo á esta generación presente, para que arroje á los que, como dijo Heredia, devoran el seno virginal de la patria? . . . .

. . . .



LUIS VICTORIANO BETANCOURT

LUIS VICTORIANO BETANCOURT

NACIÓ en Matanzas en 1842. Murió en la Habana el día 8 de junio de 1885. Fué abogado, escritor de costumbres, periodista, poeta y legislador. Más que todo eso tiene para la gratitud de los cubanos, el título de patriota inmaculado. Doce años de edad sólo contaba, y su facilidad poética la empleaba en escribir composiciones anti-españolas, por las que llegó á merecer serias reprimendas de sus profesores.

En las aulas de la Universidad puso, en muchas ocasiones, en aprietos á los catedráticos, pues en sus discursos resaltaba un sabor tan subido de republicanismo, que no debía tolerarse en una Universidad colonial.

Cuando era ya abogado, le ofrecieron un destino en la carrera jurídica, y estimó como una ofensa tal proposición.

Al estallar nuestra lucha terrible del 68, su posición social era magnífica; su hogar le brindaba dulces caricias; pero no retrocedió ante lo que su conciencia honrada consideraba un deber.

Á fines de diciembre de ese año, ya estaba en los libres campos de Cuba, como uno de los expedicionarios del vapor *Galvanic*. Allí manejó la palabra en la asamblea, la espada en el combate y la pluma en *El Cubano Libre*. Los diez años que duró la guerra los pasó en el campo Luis Victoriano Betancourt, con heroísmo, con paciencia, con perseverancia, con dignidad, con firmeza, y siempre bondadoso en su carácter, siempre mostrando la nobleza de su corazón.

El día 8 de junio de 1885 murió en la Habana el incansable patriota. Su entierro fué modesto, sin ruido, y uno de sus biógrafos añade,—"sin que la turba en apiñada grey se reuniera para conducirlo al cementerio, en medio de procesión enlutada y escandalosa y metido dentro del bamboleante ataud envuelto en

flores. Tal demostración hubiera sido imposible; que vivo él, fué en su alma la austera virtud cual matrona discreta y pudorosa, reñida con la algazara y divorciada del tumulto; y ya muerto, sus despojos no podían ser reliquia donde faltaban los devotos. Bien estuvo así que su cadáver fuese arrastrado como el de cualquier vecino, en el horrible coche de la pompa moderna, derecha y modestamente hasta su hueco de tierra santa: para que el pueblo reserve sus manifestaciones ostentosas hasta el día de fiesta en que fallezca una notabilidad permitida. Bajo el cetro del César no es precisamente el signo de la grandeza moral de la vida la circunstancia de que el cadáver pueda recorrer la Vía Apia sobre los hombres de la plebe: y suele serlo la de que tenga que ocultárselo en el suelo ó dentro del nicho de la catacumba."

No podía ser de otro modo: era uno de los vencidos. No fué suya la culpa, pues supo cumplir con su deber.

Cuando la generación que le sucede cumpla con el suyo, sabrá honrar la memoria de Luis Victoriano Betancourt.



TOMAS JORDAN

TOMAS JORDAN

EL talentoso joven cubano señor don Gonzalo de Quesada, ha escrito para el ÁLBUM DE "EL PORVENIR," lo siguiente:—

En el Estado de la Unión que ha producido más Presidentes, en Virginia, nació el general Tomas Jordan, el 13 de diciembre de 1819. De niño tuvo inclinaciones militares, así fué que al elegir carrera, se decidió por la de las armas; en 1836 entró en la Academia Militar de West Point, de donde se graduó en mayo del 40, siendo su condiscípulo el que después se hizo célebre con su marcha por la Georgia, el general Sherman.

Era oficial de Estado mayor cuando se tiró el primer cañonazo contra Fort Sumter; como buen hijo del Sur y amante de su Virginia, renunció el puesto del gobierno é hizo causa común con sus hermanos los confederados.

Durante la lucha fratricida, en que alcanzó el grado de brigadier, demostró su valor, su integridad y sus conocimientos militares; estuvo como jefe de Estado mayor en casi todas las batallas principales: en Bull Run, en Manassas, en Shiloh, y por último, cuando los separatistas, al terminar la guerra, se reconcentraban en Charleston, á Jordan se le encargó de la defensa de esa plaza, teniendo por compañero y general de artillería, al que había sido segundo de Narciso López en la expedición de Cárdenas, al consecuente cubano Ambrosio González, el primero que fué herido en combate con los españoles, y que cargado de años vive aún pensando en Cuba.

En 1869, la Junta Cubana de New York buscaba un jefe

que fuese á organizar el ejército; en ninguno ninguno pudo haber recaído mejor la elección que en Jordan, culto y experimentado. Jordan fué á Cuba en la expedición de Javier Cisneros, que después de evadir la vigilancia de los cruceros españoles desembarcó en la bahía de Nipe, en mayo del 69.

Cisneros marchó en busca del gobierno, y Jordan quedó al frente de los expedicionarios para trasportar y proteger los efectos. No se habían movido aún de la playa, cuando fueron atacados por los españoles. Sin perder un arma, Jordan los rechazó en los dos encuentros, el Ramón y el Canalito, en que tuvo ocasión de ver, por vez primera, el arrojo del cubano y el entusiasmo de aquella digna juventud del 68.

El 15 de diciembre de 1869, el general cubano Manuel Quesada reunió en la Junta que tuvo lugar en el Horcón de Najasa, á los oficiales más notables, para sondear sus opiniones acerca de los poderes dictatoriales á que él aspiraba; Jordan se negó á asistir, diciéndole que consideraba que, dentro de la ley, el comandante en jefe tenía amplias facultades, y que él (Jordan) se separaría de las fuerzas si la autoridad militar se sobreponía á la Constitución admirable de Guáimaro.

Dos días después la Cámara depuso á Quesada, y Jordan, que hasta entonces había sido jefe de Estado mayor, fué señalado para sustituirlo en la jefatura del ejército, cuyo cargo aceptó después de tratar en vano que se le restituyese el mando á Quesada, pues él creía que debía ejercerlo un hijo del país.

El día 1º de enero dió la batalla de las Minas de Guáimaro ó Tana: — "No se ha dado una más linda en este hemisferio."

El general español Puello había salido de Puerto Príncipe con sus músicas, sus banderas al aire y sus dos mil infantes, cien ginetes, veinticinco voluntarios y tres cañones, para exterminar á los patriotas. Contra la opinión general, Jordan asegura que los enemigos pasarán por determinado lugar, y aprovechando un declive en el terreno, construye sus trincheras hábilmente ocultas. Vienen las tropas por el camino real que hace una doblada; á la derecha, el maguey crece abundante y tupido, clareando á medida que aleja del camino; de este lado está Jordan con doscientos hombres, su Estado mayor y la bandera de la patria; á la izquierda el monte es espesísimo, impenetrable; aquí hay setenta hombres con sus Remingtons y los cuarenta ginetes de Sanguily, armados de Spencers; el camino está defendido por un terraplén, por el valiente coronel venezolano Acosta, con

ochenta hombres y por el *Ángel*, cañón que á Portales le había quitado el heróico Ángel Castillo: el resto de los quinientos cuarentiocho cubanos peleaban en grupos allá y acá.

Las trompetas vienen tocando; la cabeza de la primera columna española, mandada por Aguilar, llega hasta treinta yardas de la trinchera sin percibirla. Baubillier descarga el *Ángel*, cargado de doble metralla, y se siembra de cadáveres el camino; el espanto y la turbación se apoderan de los batallones famosos de Madrid, San Quintín y Chiclana. Se hace el fuego general: los enemigos, que intentan abrirse paso del lado derecho, son derrotados, devolviéndoles el ataque Agüero con sus dos cuadrillas de chinos, que en aquel día honraron al Celeste Imperio, rompiendo á culatazos los craneos del enemigo, y peleando por la libertad, que es una en todas partes.

Dos veces más atacan los españoles, en densas columnas, con resolución, pero sin éxito. Sereno, con los ojos azules examina Jordan los movimientos del enemigo, da sus órdenes, y ve á su lado caer al abanderado con el estandarte de la Estrella Solitaria, victorioso, con pérdida únicamente de dos de sus campeones en este día memorable.

Los patriotas, sin municiones, tienen que retirarse, después de combatir desde las diez á las once y cuarto de la mañana contra una fuerza de línea cuádruple á la suya, con artillería y bien pertrechada. Cuando los españoles tomaban las trincheras abandonadas, y hacían el recuento, doscientos hombres no respondieron, doscientos más, en los quince días sucesivos, murieron de heridas recibidas en aquella batalla, y como exclama Jordan: — "Si hubiéramos tenido parque, no se escapa ni uno!"

El efecto moral de este combate fué grande, como también el de los triunfos marcados que obtuvo Jordan, al frente del ejército del Camagüey, hasta el mes de marzo de 1870, fecha en que dejó la Isla, habiéndose cumplido su compromiso.

Hoy Jordan es editor de la importante revista *The Mining and Financial Record*, en la ciudad de New York.

Cuando se le habla de Cuba, deja á un lado el trabajo, echa atrás su cabeza escasa de cabellos negros que empiezan á blanquear, se ilumina su rostro franco de canosa barba; los ojos claros, bajo las cejas leves y altas, chispean; la frente ancha parece más hermosa; de sus labios sale la palabra facil, precipitada, queriendo decir tantas cosas y decirlas á un tiempo: no puede permanecer sentado, se levanta, gesticula, é inquieto se pasea.

Al despedirse el joven que siente su corazón robustecido con aquellos relatos de proezas, con las anécdotas de los tiempos de vergüenza de la patria, tiempos en que la virtud abundaba y nuestro pueblo tenía fe; al estrechar la mano delgada y sincera y darle las gracias por lo que hizo por Cuba, contesta el ex-general en jefe del ejército cubano, el vencedor de las Minas: —"¡Ojalá hubiera podido hacer más!"



WILLIAM A. C. RYAN

WILLIAM A. C. RYAN

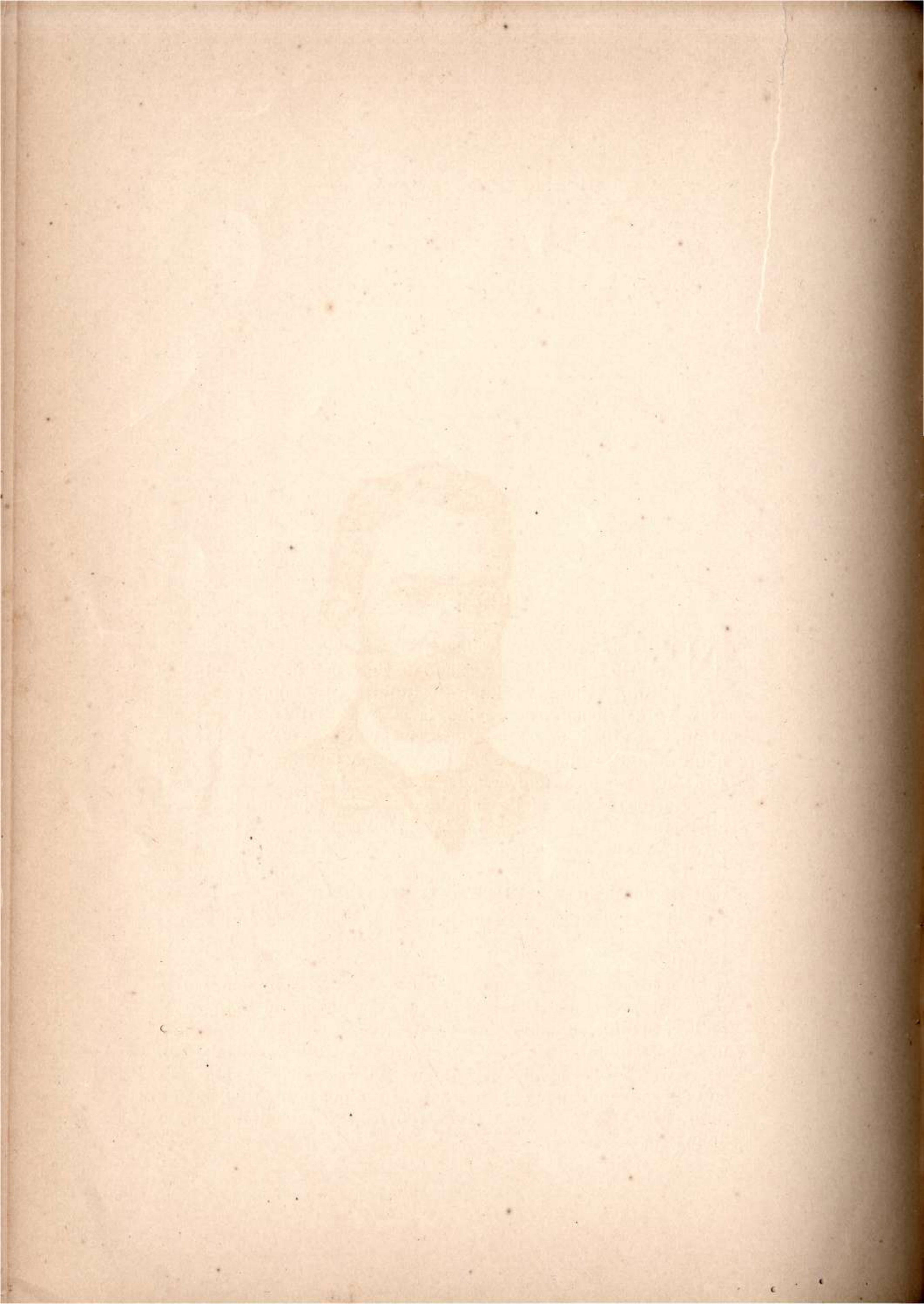
NACIÓ en Toronto (Canadá) el día 28 de marzo de 1843. Murió fusilado en Santiago de Cuba el 4 de noviembre de 1873. Hizo sus primeros estudios en Buffalo, (Estado de New York) y cuando sobrevino la guerra civil en los Estados Unidos, se alistó como voluntario, en favor de la causa del Norte, adquiriendo el empleo de capitán y fama de bravo y arrojado. Era tan experto cazador, como ginete infatigable.

En 1869 se puso al servicio de la Junta Cubana de New York, alistándose en la expedición del *Annie*, y trasportado á Cuba, dió pronto muestras de su valor é intrepidez. Á la llegada del general Jordan á Cuba, fué Ryan designado inspector y jefe de caballería, hasta alcanzar el grado de general.

Su acción de más renombre fué la del Casino Campestre, cerca de Puerto Príncipe, en la que derrotó á fuerzas del general Portillo.

De regreso á los Estados Unidos, en una comisión, volvía nuevamente á Cuba en la desastrosa expedición del *Virginius*, y en la fecha que ya hemos citado, fué Ryan fusilado en Santiago de Cuba, en unión de *Bembeta*, Pedro Céspedes y Jesús del Sol.

Ryan, por sus cualidades morales, por su temerario valor, por su belleza varonil y por el amor que sentía por la libertad, es una figura hermosa, que la historia cubana consigna dándole el título de martir.





ANICETO G. MENOCAL

ANICETO G. MENOCAL

NACIÓ en Matanzas en el año 1844. Reside en New York. Hizo sus estudios, hasta recibirse de ingeniero, en la escuela de Troy. En la Habana levantó planos y dió informes que le hicieron adquirir pronto extraordinario prestigio.

De vuelta á los Estados Unidos, de cuya nación tiene carta de naturaleza, ha llegado á ser sin disputa el ingeniero más notable, coadyuvando á las obras arquitectónicas de más importancia que se han hecho en el país. La personalidad de Menocal es un timbre de gloria para Cuba. Cuando la guerra entre el Norte y el Sur, trabajó en el proyectado Canal de Panamá.

Ha sido ingeniero consultor del Departamento de Marina en Washington, jefe de un astillero y tuvo la gloria de terminar el monumento erigido en esa capital al Padre de la Patria. El Presidente de la República Francesa, M. Grevy, lo condecoró con la cruz de la Legión de Honor, por un plano que levantó de la zona de Nicaragua, que abraza el proyecto del Canal interoceánico de ese nombre. En la actualidad es director en jefe de esos trabajos, y su influencia y prestigio en América, sólo puede compararse á la adquirida por M. Ferdinand de Lesseps en Europa.

El eminente literato José Martí, dice sobre Menocal :

" Venir á un país extraño y ponerse entre los que van á su cabeza, no es dote de hombres vulgares. Entre todos los ingenieros que conocía el general McClellan, no halló en los Estados Unidos, ni aún después de la experiencia de la guerra, uno que pudiera ser jefe del Canal de Nicaragua, sino el que en dos meses levantó en la Habana los planos é informes que todo un cuerpo galoneado no pudo en años reunir,—el joven perspicaz y sencillo que llevaba en la voluntad la grandeza, y en el carácter,

más que en el cuerpo, que era delicado y endeble,—Menocal el "cubano."

Han pasado diezisiete años, y el respeto mantiene hoy por común consentimiento la elección del general sagaz. Menocal ha luchado, sin escándalo ni pompa, y ha salido vencedor de los hombres y de la Naturaleza.

Porque su fama no se debe á un descubrimiento súbito, que el azár pone delante del que sabe aprovecharlo; sino el cúmulo de méritos, de ciencia y de energía, á la facultad de guiar hombres, y al poder mayor de salir en salvo de sus asechanzas.

De las Antillas vino, con la sangre viva que da aquella luz, el fundador, de un cuerpo pequeño, que traía en la cabeza un mundo nuevo, armado de la paz y la República, y hecho con manos de siglos.

De otra Antilla viene ahora, pequeño de cuerpo como Hamilton, el que guía y sobresale en este pueblo de líneas y de cifras, con su sangre de pueblo de poetas."



GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

NACIÓ en Puerto Príncipe (Cuba) el día 23 de marzo de 1814. Murió en Sevilla (España) el 2 de febrero de 1873. El distinguido escritor camagüeyano señor don Benjamín J. Guerra, ha escrito lo siguiente para el ÁLBUM DE "EL PORVENIR:"

Mientras haya en la América española amantes de las letras, el nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda será recordado como un triunfo. Mientras haya en Cuba quien rinda culto á las glorias patrias, será este nombre pronunciado con entusiasmo y legítimo orgullo.

Á nadie debe la literatura cubana tanta gloria como á aquella que, nacida á orillas del Tínima, levantó su vuelo de águila para recoger triunfos ganados en reñida lucha con los ingenios más preclaros en las márgenes del Manzanares, ciñó su frente de inmarcesibles laureles y supo plantarse, radiante de gloria y de belleza, en la cumbre del Parnaso español: á la que todos han convenido en proclamar "la más grande entre las poetisas de todos los tiempos."

Ilustres críticos no han vacilado al asegurar que no escribió la misma Teresa de Jesús versos en que pudieran sobresalir los rasgos del genio al par que la dulzura que se nota en las composiciones místicas de nuestra poetisa, ni cantó Safo con tanto ardor, más pureza, más nervio, ni más sentimiento, que la hija del Camagüey.

En la poesía lírica tiene pocos rivales entre los que han escrito en verso en nuestra hermosa lengua.

Manejó con éxito la prosa, y de muestra nos han quedado novelas tan notables como *Espatolino*, *El Artista Barquero* y otras.

Enriqueció el teatro español con tragedias, dramas, y comedias que pueden parangonarse con ventaja con las producciones de los mejores dramaturgos de todas las épocas, en nuestro idioma.

Asombró al público de Madrid, cuyos literatos hubieron de rendir la palma del triunfo al genio de Cuba, personificado en una joven bella, desconocida hasta entonces en sus círculos literarios.

"Es mucho hombre esta mujer," hubo de exclamar un eminente crítico español al oír los versos valientes y sonoros y presenciar la bien desenvuelta trama de una de sus magníficas tragedias....

¡Mucho hombre! Verdad es que muy pocos poetas serían capaces de imprimir en sus obras la energía, virilidad y grandeza que resaltan en los versos *Á la tumba de Napoleón*, *Á la Juventud*, *La Cruz*, *En la muerte de Heredia* y otros muchos, pero también lo es que ninguna persona de su sexo puede desplegar en sus cantos más delicadeza ni mayor ternura que ella en *Á Cuba*, *Á un Niño dormido*, *Á una Tórtola*, y verdaderamente maravilla el contemplar las valientes escenas de *Baltasar*, *Alfonso Munio* y *Catilina* y sus filosóficos conceptos, trazados por la misma mano que los tiernos, ligeros y sencillos de *La Hija de las Flores*.

¡Admirable variedad y flexibilidad la de su talento! Fuerza es reconocer que si muchas veces hemos de encontrar "mucho hombre," otras muchas no podemos menos de exclamar que hay en ella también "mucha mujer!"

Como tal se nos presenta, no sólo en muchas de sus obras literarias, sino en su vida privada, donde la hemos de ver cumplida dama, hija amante hasta el delirio, amiga sincera, hermana tierna y esposa ejemplar hasta la abnegación y el sacrificio.

Se ha dicho, sin razón, que nuestra *Tula*, arrullada por el eco de sus glorias y halagada por el favor real que disfrutaba en la metrópoli y corte de Madrid, se había olvidado por completo de su patria y desdeñaba el título de cubana: por ello hay quien pretende que no debemos contarla como gloria nuestra.

Los que tal creyeron no supieron comprender el amor intenso y vehementísimo que abrigaba por su bello país, amor que cantó tantas veces y de una manera tan sublime. No supieron leer su admirable soneto *Al Partir*, nota de dolor, gemido del alma, arrancado de su pecho al dejar las playas de su Cuba que-

rida, ni quisieron entender estos versos, cantados melancólicamente á su jilguero:

" Ya conozco, infelice,
Lo que tu voz suspende....
¡Tu silencio lo dice,
Mi corazón lo entiende!

No aspiras los olores
Del campo en que has nacido....
No encuentras tus amores....
No ves tu dulce nido.

Yo tu suerte deploro....
Por triste simpatía
Cuando tu pena lloro,
También lloro la mía!

Que triste cual tú vivo
Por siempre separada
De mi suelo nativo....
De mi Cuba adorada!"

. . . .

No hemos de reprocharle que cantase las proezas de sus antepasados, españoles ilustres, pues nunca hemos creido que para amar y servir á Cuba hemos de renegar de nuestro abolengo ni prescindir de la sangre que por nuestras venas corre.

No hemos de culparla porque encumbrase lo que creía grande del medio en que vivía; ni podemos olvidar que al cantar á la reina Isabel, que fué su amiga y subía entonces al trono, respetada y amada por todos y que parecía como augurio y esperanza de libertad para la nación, no se olvidó de su tierra infeliz y le recordó en expléndida estrofa que allá en los mares de Occidente yacía la perla de su corona, privada de libertades, y la exhortaba á que se las otorgase.

No hacían otra cosa los célebres reformistas cubanos de su época, ni fueron mejor atendidos en sus propósitos que la ilustre cantora.

Nada de esto han querido entender los que lanzan contra ella el injusto anatema de anti-cubana, ni han querido leer ni apreciar en todo su valor la tierna dedicatoria que estampó al

frente de la última y única colección completa de sus monumentales obras, á su "Isla natal" "la hermosa Cuba," dedicándole los esfuerzos de toda su vida.

Acaso no saben que, ya en sus últimos días, cuando casi abatido su espíritu por los rudos golpes del infortunio (que parece cebarse siempre en las almas grandes, tal vez porque en ellas encuentra mayor resistencia;) cuando acogida al silencio piadoso de su hogar casi monástico, recibía en Madrid sólo á un reducido número de amigos, cubanos ilustres en su mayor parte, que como ella deploraban la ausencia de la patria; siempre que en su presencia se hablaba de Cuba y sus desdichas, se inundaban de lágrimas sus negros y rasgados ojos, bellos aún; lágrimas que corrían en abundancia, lágrimas sublimes, más elocuentes que todos los poemas.

Nó, nunca olvidó á Cuba nuestra *Tula* inmortal; derecho tenemos á proclamarla gloria nuestra.

Así lo proclamó la Habana entera al colocar, en noche memorable, corona de laurel sobre sus sienes. Así lo proclamó el Camagüey consagrando, después de su muerte, la casa en que nació, con modesta lápida conmemorativa y dando su nombre ilustre á una de sus calles principales.

Y así lo reconocerá la Isla entera el día en que libre, próspera y feliz, pueda dedicarse á honrar á los que honor merecen, levantándole monumento tan grande como grandes fueron sus méritos y como grandes y magníficas son las obras que nos legó su genio.



E. BETANCES

R. E. BETANCES

NACIÓ en Cabo Rojo (Isla de Puerto Rico) en el año de 1830. Reside actualmente en París, dedicado á su profesión médica y á trabajos científicos, literarios y políticos. Nos dice la *América en París* que el ilustre doctor Betances fué muy joven á la capital de Francia, donde obtuvo los diplomas de bachiller en letras y en ciencias, y más tarde el grado de doctor en medicina de esa Facultad. Educado en una nación libre y grande, testigo de la Revolución de 1848, aquel joven debía recibir una triste impresión al volver á su patria, en la que reinaban todos los horrores del despotismo y todas las iniquidades de la esclavitud.

Allí continuó dedicado al estudio, fundó un hospital á costa de muchos trabajos y prestó señalados servicios durante el cólera de 1856. Á la vez organizaba una sociedad secreta abolicionista; recogía dinero para comprar niños negros esclavos, y después de educarlos, les daba la libertad. La casa del "padre de los pobres y de los negros," como le llamó el pueblo desde entonces, fué la casa de todos los desvalidos.

Dice el distinguido escritor puertorriqueño señor don Sotero Figueroa, que "en 1858 se vió obligado Betances á ausentarse de la Isla por motivos de salud, regresando precisamente cuando la vecina Isla de Santo Domingo se batía heróicamente por reconquistar su independencia, que al cabo obtuvo, y Betances, que cree que la honradez política está en pensar lo que se dice y decir lo que se siente, pues para los hipócritas y pusilánimes no se ha hecho la libertad, no se ocultó en manifestar sus simpatías por los que bravamente luchaban por recobrar su independencia. Es claro que quien de tal manera obraba, y con tan viril resolución

retaba al poder colonial, proclamándose lealmente republicano y abolicionista, en una época en que se fusilaba á los liberales, porque ese dictado era sinónimo de separatista, ya tenía para atraer sobre su cabeza el rayo de la irascibilidad gubernativa, y su nombre se inscribió en el registro de los sospechosos. Betances prefirió ser martir antes que verdugo ; y no vaciló en subir al Calvario antes que ir al Thabor en hombros de los sayones de la patria tiranizada y exangüe. Y no fué poco lo que arriesgó en ese albur peligroso. Honores, posición, fortuna, caricias del hogar.... cuanto hace apetecible la vida, todo lo sacrificó por ser patriota digno, consecuente, incorruptible. ¡ Ejemplo bellísimo que debieran no olvidar los puertorriqueños que viven en el enervamiento de la colonia, siendo cómplices de todos los golpes de fuerza y partícipes de todas las humillaciones dictatoriales !

Corría el año de 1867 en su primera mitad, y ocurre en la capital de la Isla, la tarde del 7 de junio, un acto de sedición entre un grupo de soldados del batallon de artillería, á consecuencia del cual fué pasado por las armas el cabo Benito Montero, y condenado á la pena inmediata el soldado Rafael Miguel. No bastó más para que el tristemente célebre don José María Marchessi, gobernador general que llevó su iniquidad para con los puertorriqueños libres hasta hacerlos azotar, por *rebeldes*, en el presidio de San Juan, diera por *descubierta* la proyectada conspiración de que se tenía noticias por el capitán general de Cuba, desde fines de 1866, y sin formación de causa, dictatorialmente, que para eso son gobernadores omnímodos los representantes del poder metropolítico en las Antillas, expulsó á no pocas distinguidas personas de su hogar, dejando á sus familias desamparadas, y entre ellas á los señores don Pedro Gerónimo Goico, don Julián Eusebio Blanco, don Rufino Goenaga, don Carlos Elío Lacroix, don Segundo Ruiz Belvis y don Ramón Eleuterio Betances.

Á todos estos señores se les impuso la humillante condición, exigiéndole para ello su palabra de honor, de que se presentasen en el término de dos meses al gobierno metropolítico ; es decir, tan pronto llegasen á la villa y corte, lugar de su confinamiento.

El carácter altivo de Ruiz Belvis y la entereza de Betances, no pudieron sujetarse á esa mortificante condición (la de presentarse al gobierno metropolítico) ; pero conociendo por tristes experiencias el temperamento irascible del gobernante, quien no se conformaría con una negativa, y no estando dispuestos á sufrir ultrajes de ninguna clase, Ruiz Belvis y Betances lograron bur-

lar la vigilancia de los esbirros del poder, y se embarcaron precipitadamente por el puerto de Guánica, en un pequeño barco de vela, y fueron á dar á Saint Thomas, de donde marcharon seguidamente para New York, en un bergantín americano. En esta ciudad enviaron protesta al periódico *The Herald*, desmintiendo las calumnias que se habían estampado en una correspondencia.

Pocos días después Betances seguía viaje para Santo Domingo, donde fijó su residencia temporal, y á su llegada, *El Monitor*, periódico oficial del gobierno de la República, lo saludaba con afectuosa distinción, no sólo por sus méritos y honrosos precedentes, sino "por los generosos servicios que privadamente prestó á la República en los momentos de la guerra de la Restauración."

Betances no se encontraba en Puerto Rico el día 23 de setiembre de 1868, fecha en que tuvo lugar la insurrección de Lares; pero estaba muy cerca, en la Isla de Saint Thomas, desde donde dirigía el alzamiento en armas, que hubiera sido formidable y decisivo, y á cuyo frente pensaba ponerse llevando una gran expedición, que ya tenía preparada, si no hubiese sido porque los jefes secundarios se vieron obligados á anticipar la fecha, una vez que se descubrió la tentativa por el gobierno, y fué apresado uno de los más significados cabecillas, como lo era el venezolano don Manuel María González."

Volvió á París otra vez y se confinó en el barrio latino, viviendo pobremente con su esposa, una hija de Puerto Rico—verdadera heroína que le ha acompañado en todas las zozobras y peligros—y reanudó sus estudios, asistiendo como simple alumno á los hospitales, á la Escuela de Medicina y á las clínicas particulares, dedicándose á la histología, sobre la que ha escrito un tratado, inédito aún. Su ansia constante de propaganda política le hizo sin embargo continuar las correspondencias al *Moniteur d'Haiti*, que le había encargado el Presidente Boisrond Canals.

Durante los diez años de guerra en Cuba, Betances prestó numerosos servicios á la causa de la independencia en la capital francesa: publicaciones, consejos y trabajos secretos.

Muy pobre de recursos por haber sacrificado todos sus bienes á la lucha política, Betances ha sabido crearse en la lucha científica una posición respetable y conquistar un puesto digno entre los profesores de París, amigos suyos casi todos, que le muestran cariñosa estimación. Ultimamente ha propuesto una gran idea:

la creación de un hospital latino-americano en París, y espera llevarla á cabo.

Betances ha publicado, en francés, *La Vierge de Borinquen*, *Les Voyages de Scaldado*, *Les deux Indiens*, *Un Cousin de Louis XIV*, (comedia en verso) *Courtisanes*, que mereció los aplausos del severo Jules Janin; el célebre *Himne a Borinquen*, del que se ha ocupado con elogio Jules Claretie, y otros folletos, biografías y estudios en gran número.

Asombrosa actividad que bastaría para llenar cuatro existencias, la de ese batallador infatigable, que ha visto blanquear sus cabellos sin perder una de sus ilusiones ni un átomo de energía! Nada le ha rendido, ni las vejaciones é injusticias, ni el peso de las ingratitudes—único premio que han recibido sus sacrificios—ni los cambios de medios de fortuna.

Ha empleado su vida en constante lucha contra la tiranía, y empujado por todas las tormentas, náufrago siempre, ha llevado consigo á todas las playas el amor á su país, como los troyanos, que al huir de sus casas incendiadas, pobres y vencidos, llevaron al destierro los vasos sagrados y los Dioses de la patria!



FEDERICO R. Y CAPDEVILA

FEDERICO R. Y CAPDEVILA

NACIÓ en Barcelona (España) en 1843. Reside actualmente en Santiago de Cuba, postergado en su carrera de militar español, por ciertas maldades y venganzas. El nombre de Federico R. y Capdevila está grabado con caracteres indelebles en la historia de Cuba, y perdurará en el corazón de los cubanos, de generación en generación.

El día 27 de noviembre de 1871 marca una fecha luctuosa para la Isla de Cuba, por un crímen horrendo, cometido por turbas sedientas de sangre humana.

La historia lanza anatema eterno contra los verdugos de ocho niños inocentes, que fueron inmolados en la ciudad de la Habana por unos miserables, ciegos por feroz espíritu de intransigencia y maldad. El mundo entero reprobó esa hecatombe, y la España oficial, como uno de los tantos errores coloniales, sancionó ese acto terrible. La España humanitaria no se hizo solidaria del crímen, y los españoles de Cuba recuerdan con espanto ese acontecimiento.

El martirio de esos inocentes evidenció en el extranjero que sobre la Isla de Cuba no sólo pesaba el gobierno colonial, sino que allí alimentaban séres degradados, que para satisfacer sus pasiones, retrogradaban á épocas inquisitoriales.

Dice Manuel Sanguily, en magistral oración pronunciada en el Círculo de la Juventud liberal de Matanzas, la noche del 9 de abril de 1887,—"que mientras la turba fiera envilecía á su nación y su gobierno; entre tanta gente indiferente, ó aterrada y cobarde; de viejos generales encarcelados, mirando con indecible expresión de despecho é impotencia la alborotada marejada del

motín: de un gobernador, víctima también de su ligereza, silbado y conspuido, en su descrédito, por torpe, ó por codicioso é inicuo; de un tribunal sin entereza ni independencia, más semejante á una junta de siervos que á augusta asamblea de jueces; de periodistas amedrentados, ó indignos y mentirosos, enardeciendo con hipócritas frases las encrespadas pasiones del populacho; del representante de la autoridad suprema prostituyéndose á la soldadesca como rodona vil;.... en aquel universal desquiciamiento, cuando en hombros de ebria é indisciplinada muchedumbre que arrastraba á la razón y al derecho como trofeos de facil victoria, habíase alzado la insania proclamando espumante por única ley el acero del crímen; y entre españoles impasibles, ó complacientes con la ensoberbecida rebeldía del tumulto, y cubanos aterrorizados; en aquel espantoso cataclismo moral, en que los hombres se refugiaban en su miserable egoísmo y las mujeres se refugiaban en su fervorosa oración; cuando parecía que la conciencia humana había sufrido un eclipse total,.... por encima de los ahullidos de los unos y de los lamentos de los otros, oyóse la voz vibrante, varonil y sublime de un hombre extraordinario, el único que aceptaba heróicamente el sacrificio antes que enmudecer en aquella bacanal de la plebe, en honra y para gloria de España.... Aquel hombre generoso y bueno, que mi justificación y mi entusiasmo transforman en luciente arcángel que empuña en la diestra espada flamígera, surge imponente — como la bíblica ira del cielo—de entre la ignominia de la ciudad maldita. Era un militar español, el defensor de los niños, y al protestar valeroso é indignado, ofreciéndose en holocausto á la ley, á la justicia y á la patria, supo el capitán Capdevila salvar del oprobio á su nación." . . . .

EL CONSEJO DE GUERRA QUE SENTENCIÓ A LOS ESTUDIANTES

Presidente, coronel Alejandro Jaquetot.—*Fiscal*, comandante Mariano Pérez.—*Vocales Veteranos*, capitán Juan Peña, capitán Juan Rueda, capitán Joaquín Andrés, capitán Ildefonso Rodríguez, Hilario Ramos. (*) — *Vocales Voluntarios*, capitán Carlos García, capitán Valentín Arango, capitán José M. Ramírez, capitán Fernando Ceballos, capitán Apolinar Rato Hevia, capitán Juan Alberto, capitán José Ferrer, capitán Bernardo García, capitán Pedro de la Fuente.

(*) Se desconoce el nombre del sexto vocal veterano.

LOS ESTUDIANTES FUSILADOS

Alonso Álvarez de la Campa, Anacleto Bermúdez, Pascual Rodríguez y Pérez, Ángel Laborde, Carlos A. de la Torre, Eladio González, Carlos Verdugo, José de Marcos.

LOS ESTUDIANTES CONDENADOS A PRESIDIO

Luis Córdova y Bravo, Antonio Reyes y Zamora, Juan Silva y Castillo, Estéban Bermúdez, Manuel Martínez y Martínez, Fermín Valdés Domínguez, Guillermo del Cristo, Carlos Rodríguez Mena, Ángel Valdés Cagigal, José Francisco Hevia, Francisco Armona Armenteros, Pedro de la Torre, Teodoro de la Cerra y Dieppa, Francisco Pelosa, Manuel López-Lague, Fernando Méndez y Capote, Ernesto Campos, Ricardo Montes y Fariñas, Luis Pimienta, Bernardo del Riesgo, Isidro Zertucha y Ojeda, José Ramírez y Tovar, Francisco Polanco, Alfredo Álvarez y Carvallo, Ricardo Gastón, Eduardo Baró y Cuní, José de Salazar, Alfredo de la Torre, José Ruibal y Solano, Mateo Trías, Enrique Fernández.

La defensa que hizo Capdevila de los estudiantes, ante el feroz Consejo de guerra, y que la historia cubana conserva como un documento de valor inestimable, dice así:

"Triste lamentable y esencialmente repugnante es el acto que me concede la honra de comparecer y elevar mi humilde voz ante este respetable Tribunal, reunido por primera vez en esta fidelísima Antilla, por la fuerza, por la violencia y por el frenesí de un puñado de revoltosos, (pues ni aún de fanáticos puede conceptuárseles) que hollando la equidad y la justicia, pisoteando el principio de autoridad y abusando de la fuerza, quieren sobreponerse á la sana razón, á la ley.

Nunca, jamás en mi vida podré conformarme con la petición de un caballero fiscal que ha sido impulsado, impelido á condenar involuntariamente, sin convicción, sin prueba alguna, sin fechas, sin el más leve indicio sobre el ilusorio delito que únicamente de voz pública se ha propalado. Doloroso y altamente sensible me es que los que se llaman voluntarios de la Habana hayan resuelto ayer y hoy dar su mano á los sediciosos de la *Commune* de París, pues pretenden irreflexiblemente convertirse en asesinos, y lo conseguirán, si el Tribunal á quien suplico é imploro no obra con

la justicia, la equidad y la imparcialidad de que está revestido. Si es necesario que nuestros compatriotas, nuestros hermanos, bajo el pseudónimo de voluntarios, nos inmolen, será una gloria, una corona por parte nuestra para la nación española: seamos inmolados, sacrificados; pero débiles, injustos, asesinos, ¡jamás! De lo contrario será un borrón qne no habrá mano habil que lo haga desaparecer. Mi obligación como español, mi sagrado deber como defensor, mi honra como caballero y mi pundonor como oficial, es proteger y amparar al inocente, y lo son mis cuarenticinco defendidos; defender á esos niños que apenas han salido de la pubertad y entrado en esa edad juvenil en que no hay odios, no hay venganzas, no hay pasiones: que es una edad en que, como las pobres é inocentes mariposas, revolotean de flor en flor aspirando su esencia, su aroma y su perfume; viviendo sólo de quiméricas ilusiones. ¿Qué van ustedes á esperar de un niño? ¿Puede llamárseles, juzgárseles como á hombres, á los catorce, dieziseis y diezioeho años, poco más ó menos? Nó: pero en la inadmisible suposición de que se les juzgue como á hombres. ¿Dónde está la acusación? ¿Dónde consta el delito que se les acrimina y supone?

Señores:—Desde la apertura del sumario he presenciado, he oído la lectura del parte, declaraciones y cargos verbales hechos, y, ó yo soy muy ignorante, ó nada, nada absolutamente encuentro de culpabilidad. Antes de entrar en la sala había oído infinitos rumores sobre que los alumnos ó estudiantes de medicina habían cometido desacatos y sacrilegios en el cementerio; pero, en honor á la verdad, nada aparece en las diligencias sumarias. ¿Dónde consta el delito, ese desacato sacrílego? Creo que estoy firmemente convencido de que sólo germina en la imaginación obtusa que fermenta en la embriaguez de un pequeño número de sediciosos.

Señores:—Ante todo somos honrados militares, somos caballeros; el honor es nuestro lema, nuestro orgullo, nuestra divisa; y con España siempre nobleza, siempre hidalguía; pero jamás bajezas ni miedo.

El militar pundonoroso muere en su puesto; pues bien, que nos asesinen: mas los hombres de orden, la sociedad, las naciones, nos dedicarán un opúsculo, una inmortal memoria. — HE DICHO."



NICOLÁS RUIZ ESPADERO

NICOLÁS RUIZ ESPADERO

NACIÓ en la Habana el día 12 de febrero de 1833. Murió en la misma ciudad el 14 de agosto de 1890. Fué Espadero tan distinguido pianista como notable compositor, y su nombre, sin que aquel hubiera salido nunca de su patria, ha traspasado sus linderos para honrarla.

Como el genio de Heredia para la poesía, así se anticipó el de Espadero para la música, pues á los cuatro ó cinco años de edad ya componía éste aceptables piezas musicales. Tuvo por maestros á Miró y á Aristi. Estudió todos los clásicos y formó su estilo propio. Al insigne Gottschalk sorprendió el secreto de su mecanismo brillante, y por eso nadie mejor que Espadero ha podido interpretar las composiciones de aquel. Las del músico cubano superan á las de Gottschalk en poder y profundidad. Este mismo decía que las composiciones de Espadero "reflejan una frescura de melodía, una elegancia de armonía, una suavidad y un conocimiento del instrumento, que le aseguran un lugar eminente entre los compositores contemporáneos."

Los mejores críticos europeos están contestes en afirmar que entre lo mejor que para el piano se haya escrito, se cuentan el *Canto del Esclavo*, *Sobre la tumba de Gottschalk*, y el *Canto del Poeta*.

El carácter raro y escéntrico del ilustre compositor cubano, lo pinta el eminente orador cubano José Martí, en el juicio que de aquel hizo en la velada artística y literaria que bajo el patrocinio de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, se verificó el 3 de marzo de 1891, para obtener recursos para erigirle un mausoleo en la Habana. El orador dijo:

"Muchos años hace, porque los años que se pasan lejos del suelo nativo son años muy largos, en una tarde de mayo en que

estallaban al sol tierno las primeras lilas, ví al gentío de seda y encajes, de petimetres y marquesas, de generales canosos y de duques, levantarse entusiastas de sus asientos, vitorear una música entrañable y conmovedora, proclamar, en el aire lloroso, al que enviaba á la corte feliz el dolor de la noche, la queja de las sombras, la plegaria de los cañaverales:—Era Madrid, la sala famosa de los Conciertos de Madrid, que aclamaba el *Canto del Esclavo*, de Espadero. La Sociedad Literaria hace, pues, bien en tejer, con las rosas de su casa, una corona más para aquel que aprisionó en sus notas, como en red de cristal fino, los espíritus dolientes que velan y demandan desde el éter fulgoroso y trémulo del cielo americano. La Sociedad Literaria no podía cerrar sus puertas, abiertas de par en par á la gloria, cuando llamaba á ellas una noble mano de mujer, (*) pidiendo, con derecho de hermana, la caridad de una flor para la tumba del genio austero y compasivo.

No he de decir aquí, porque todo el mundo lo sabe, que el músico creador á quien rendimos homenaje, no fué artista de mera habilidad, que saca del marfil, jadeante y estrujado, una música sin alma:—ni lacayo de su tiempo, que al esqueleto de su patria le pone sobre la oreja una moña de colores; ó de gritos salvajes compone un baile impuro, para que lo bailen, coronados de adormideras, en el gozo del fango:—sino salterio sensible, que en la limpieza de la soledad, cuando cae sobre el mundo lentamente el bálsamo de la noche, ve alzarse de las maravillas, volando de onda en onda, el alma de la flor,—y danzar sobre el río, con la nota en los labios, á las doncellas de agua y luz,—y á las palmeras, como madres deshechas de amor, acoger en sus ramas á los espíritus que huyen de la tierra, con el rostro cubierto, sangrando y despavoridos: era arpa magnífica, que en la fiereza del silencio, entona un himno fúnebre á todo lo que muere; saluda, con alborozo de aurora, á lo que nace; recoge, en acordes estridentes, los gritos de la tierra, cuando triunfa la tempestad y viene la luz del rayo!

De lo que sí no se puede dejar de hablar, porque por ahí se medirá más tarde la alteza del hombre, es del montaraz sigilo en que cuentan que vivía aquel domador de notas. ¿Ni cómo había de vivir, siendo sincero, aquel peregrino que pasaba por la tierra, como todo artista que de veras lo es, con la ira y desdén de quien

(*) Alude á la distinguida pianista señora doña Isabel Caballero de Salazar, quien organizó la velada.

ve luces que no ven los que le rodean, y entreoye acentos que la zahurda vulgar no le deja oír, y se revuelve áspero contra los que no le dan tiempo, con el bufido de los fuelles y el martilleo de las forjas, á levantar, en el encanto de la luna, su torre de aspas de estrellas y de cristales? ¿Cómo, sino tétrico y fuera de sí, había de vivir, con su poder de unir en cantos las voces del conjunto, y en una nota un haz de esperanzas y de penas, quien no vino al mundo en aquellas edades en que las almas, afinadas en coro, remedaban con su unidad en esta vida la plenitud de la otra, sino en época y tierra de retazos, donde ni la música de lo interior ni la de ciencia de afuera, hallaban en torno suyo armonía y estímulo, sino perturbación, fealdad y espanto?....

¡Bien hace, de veras, la Sociedad Literaria en llevar, con este concierto de espíritus, un alivio póstumo á la tumba de quien acaso sacó su música más bella del choque del espíritu excelso, con la vida que se lo ofendía y acorralaba! ¡Bien hacen estas manos caritativas de mujer, en poner en la tumba del artista desconsolado la limosna de una flor!"



FRANCISCO LEYTE VIDAL

FRANCISCO LEYTE VIDAL

NACIÓ en Mayarí, jurisdicción de Santiago de Cuba, en 1849. Reside actualmente en una finca de campo, en las cercanías de esa misma ciudad. Francisco Leyte Vidal lleva con honra un apellido que cuenta heroes y mártires. Sus hermanos Emilio y José murieron por redimir la patria; el segundo fusilado y el primero quemado vivo, porque se negó á hacer las revelaciones que se le exigían. Pocos momentos antes de ese suplicio inquisitorial, Francisco, con diez cubanos mal armados, entre ellos el temido comandante Soria, intentó rescatarlo; fueron rechazados, y abandonado después el cadáver quemado por los feroces victimarios, su propio hermano pudo darle sepultura.

En setiembre de 1879, cuando en Mayarí estrangularon en un bote de un cañonero español, por orden del general Polavieja, al bravo Arcadio Leyte Vidal, primo de Francisco, estaba éste en momentos de ser víctima también, y se salvó gracias á la llegada de una Comisión de Santiago de Cuba, compuesta de los señores Jesús Rodríguez, Manuel Grave de Peralta y Francisco Leyva.

No podemos prescindir de dar cuenta de algunos detalles de la espantosa muerte de Arcadio Leyte Vidal, porque ese triste acontecimiento se roza con la vida de nuestro biografiado. Res pondemos de la autenticidad de estos hechos, que creemos es la primera vez que se publican en toda su desnudez.

Después que capitularon las fuerzas del brigadier Arcadio Leyte Vidal, en 1878, se fué éste á residir á Mayarí, en compañía de su bondadosa madre y de su primo Francisco. Al estallar el movimiento del 26 de agosto de 1879, el coronel español don Pedro Pin, jefe de la zona militar, dió á la familia de Leyte Vidal su palabra de honor de que sería respetada, mientras no demostrase actitud hostil al gobierno. Del pueblo de Mayarí pasa-

ron Arcadio, Francisco y sus familias á la bahía de Nipe. Era la tarde del 17 de setiembre de 1879. El vapor *Alicante* ancló, procedente de Santiago de Cuba, con instrucciones del comandante general de la provincia, Polavieja. En bahía estaban fondeados los cañoneros *Alarma*, al mando del teniente de navío señor Carlier, y *Almendares*, al mando del de la misma graduación señor Jacome, llevando á su bordo al capitán de fragata, jefe de la división de cañoneros, señor Trujillo, quien, sino mienten los apuntes, tenía ó tiene por nombre de pila, Enrique, ó sea el mismo del director de EL PORVENIR, que escribe estas líneas. Al cerrar la noche, los Leyte Vidal, en compañía de algunos comerciantes del poblado, se dirigieron en un bote á Cayo Cajimaye. Al desembarcar, el contramaestre Francisco Ballester, al mando de un bote tripulado por ocho hombres del cañonero *Alarma*, intimó á Arcadio y á Francisco Leyte Vidal que pasaran á ver al comandante Carlier, con objeto de que comieran á bordo.

Se presume que Ballester tenía orden de asesinarlos en la travesía, tales eran las señas que cruzaba con sus marinos y los esteros por donde surcaba el bote hasta ponerse á un costado del *Alarma*. El señor Trujillo dispuso que pasaran al *Almendares*. Hay que hacer constar que Arcadio Leyte Vidal llevaba una pequeña maleta con dinero y prendas. Subieron al portalón del buque. Un cabo de guardia se encargó de poner en barras á Francisco, donde permaneció dos días, sin tomar ni siquiera agua. Cuando se disponían á darle muerte, la Comisión á que nos hemos referido antes, le salvó la vida, interviniendo en el asunto el general dominicano Valera, al servicio de España, que al principio negó que Francisco estuviera en el cañonero; pero la Comisión insistió, por el atestado del soldado Matilde Gamez, de la guerrilla del capitán Martrapa, quien vió cuando de la cubierta bajaron á Francisco Leyte Vidal para la bodega del buque.

En cuanto al infeliz Arcadio, su suerte fué espantosa: trasladado á otro bote, después de arrebatarle dinero y prendas, tres marineros se encargaron de darle muerte, arrojando al agua su cadáver.

Hay quien afirma que pocos días después, el comandante Carlier lucía una sortija y botonadura de brillantes, que pertenecían á la víctima. La madre de ésta, con el corazón traspasado, fué á la Habana á demandar justicia al gobernador general don Ramón Blanco: pero un asesinato más quedó impune, y ante el funesto principio de autoridad, Blanco, como Concha, como Val-

maseda, ó cualquier otro, fué "Sordo á los ayes, insensible al ruego." . . . .

Y esto pasó después del famoso Pacto del Zanjón, cuando se habían acordado solemnes garantías, y cuando el "olvido de lo pasado" parecía "esperanza para el porvenir."

Ese hecho solo, basta para desmentir la afirmación del connotado cubano señor don R. M. Roa, de que la capitulación de 1878 marca "una sorprendente página de tolerancia y liberalidad en la historia de España y sus colonias."

Reasumiendo la vida de Francisco Leyte Vidal, diremos que después de la muerte de su hermano Emilio, de que hemos dado cuenta antes, pasó aquel á formar parte de las fuerzas del coronel Nicolás Pacheco, en la jurisdicoión de Santiago de Cuba, de las que se hizo cargo por la muerte de aquel denodado jefe, en el campamento de Bayate, tomado á los españoles, y por haber quedado herido el bravo teniente coronel, segundo jefe, don Silverio del Prado. En innumerables acciones de guerra tomó parte Francisco Leyte Vidal, ascendido á teniente coronel, tales como en la derrota del batallón de Reus, en la Loma de Piloto; en el copo de las fuerzas del batallón provisional de Madrid, en Sojo; en la derrota del batallón de San Quintín, en la famosa Loma de la Galleta, que por diez años se hizo en ella irresistible el bravo *Guillermón;* invasión de Monte-Tauro; toma de la Indiana; invasión de Baracoa, con el arrojado Maceo; apresamiento de un convoy en las Calabazas; hasta que, después de una década de batallar diario, casi al fin de jornada gloriosa, sobrevino el Zanjón, que esterilizó tantos esfuerzos é hizo inútiles tantos sacrificios.

Hoy vive Francisco Leyte Vidal en Santiago de Cuba, y su cara revela que su alma generosa está templada para el dolor, y tal vez su único pensamiento es encontrar oportunidad de ser útil á su patria triste y abatida, á cuya primera llamada supo acudir, para dar por ella su sangre, en cambio de que fuera digna y libre.



RAMÓN E. CABRERA

RAMÓN E. CABRERA

NACIÓ en San Juan de los Remedios (Cuba) el día 17 de octubre de 1857. Reside en la actualidad en Tampa (Florida.) Ramón E. Cabrera tiene conquistados altos títulos por sus servicios á la causa de la independencia de su tierra. Es modesto en sus maneras, sin pretensiones, sin ambiciones,—más que la de servir á su patria con honradez.

Es un corazón y es un carácter. Se conmueve al ver el dolor ageno ; incapaz sería de faltar á su deber.

Todo lo que sabe, se lo debe á sí mismo.

De San Juan de los Remedios, su pueblo natal, se fué en 1874 á la revolución, cuando apenas tenía diezisiete años de edad. Se unió á las fuerzas del general Roloff, que operaba entonces en el pujante territorio de las Villas. Combatió sin tregua ni descanso, auxiliado por su constitución de hierro.

Fué notable como soldado y como jefe, por su disciplina y su pericia. Se distinguió sobremanera en la notable refriega del Cafetal, yendo á las órdenes del valiente general Máximo Gómez, quien, reconociendo sus méritos, lo nombró comandante de caballería en el territorio de las Villas.

Con la fuerza de su mando, y siempre respetando las órdenes de sus jefes superiores, hizo prodigios de valor en defensa de su causa, manteniendo siempre á raya á los españoles, derrotados por él diferentes ocasiones, y muy especialmente en las Nueces como en la Loma de la Cruz. Asistió con sus fuerzas á la toma de San Antonio Abad del Gíbaro, en la jurisdicción de Sancti-Spíritus, cuyo poblado quedó, después de grandes esfuerzos, en poder de las tropas revolucionarias que mandaba el mayor general Máximo Gómez.

El Pacto del Zanjón fué para Ramón E. Cabrera una decep-

ción, pues estaba fuerte, joven, lleno de vigor. No se conformó con la vida de inacción, y el 9 de noviembre de 1879, operó á las órdenes del brigadier Francisco M. Carrillo, quien secundó con Emilio Núñez el movimiento del 26 de agosto de Santiago de Cuba. Con éste último jefe combatiente, con el tenaz Emilio Núñez y con pocos compañeros, se retiró honrosamente de los campos de Cuba, y se estableció primero en Philadelphia y después en Tampa, donde ahora reside.

Los que han estrechado sus manos, callosas por la labor ruda y diaria del artesano, se sienten satisfechos, porque han estrechado las manos de un patriota honrado y sin mancha. No se nota en él la rudeza del campesino, ni el trato vulgar de los que no han asistido á las aulas, sino que sus maneras son cultísimas y delicadas, uniéndose á la nitidez y elegancia de su persona.

Ramón E. Cabrera se hizo á sí mismo. En la manigua aprendió los primeros rudimentos de los conocimientos humanos. Ahora, de la mesa del taller, donde gana jornal crecido, se va á sus estantes, á aprender con los libros; y en lugar de malgastar su dinero, lo emplea en prestar ayuda á sus compatriotas desvalidos, en pagar sus cuotas para el fondo de la patria, en fundar sociedades de instrucción, en protejer publicaciones periódicas. Es un Mecenas. Todos le oyen con respeto. Su palabra, que brota con parsimonia, es siempre una sentencia. La última vez que lo vimos, nos dijo:

"Cuando vuelva á estallar la guerra en nuestra patria desgraciada, seré el primero que acuda á dar mi sangre por ella, pues amo la vida por servirla y defenderla."





ENRIQUE JOSÉ VARONA

ENRIQUE JOSÉ VARONA

NACIÓ en Puerto Príncipe (Cuba) el día 13 de abril de 1849. Reside actualmente en la Habana. Recibió su primera educación en el colegio San Francisco de su ciudad natal. Á los dieziocho años de edad colaboraba con éxito en *El Fanal*, y el Liceo premió una oda suya, á la muerte de *El Lugareño*. En 1868 salieron á luz su tomos de versos *Anacreónticas*, *Poesías* y *Paisajes Cubanos*, publicando después, en unión de Sellén (Francisco) y Varela, el tomo de *Arpas Amigas*.

Colabora en publicaciones de Cuba, de España y del extranjero. Ha publicado: *Juicios Críticos sobre el Diccionario de Pichardo*, *Filosofía Positiva de Poey*, *Conferencias de Piñeyro*, *Observaciones sobre la Gramática é Historia de la Lengua*, *Ojeada sobre el movimiento Intelectual de América*, *El personaje bíblico Caín*, *Disertaciones sobre Víctor Hugo*, *Emerson y Cervántes*, *Idealismo y Naturalismo*, *El Bandolerismo en Cuba*, *Discursos*, *Artículos Varios*. Sus obras *Psicologia*, *Lógica* y *Moral* han extendido por el mundo civilizado su fama de profundo pensador y eminente filósofo. Han sido traducidas al francés y sirven de texto en Universidades de Francia.

En la actualidad dirige Enrique José Varona la *Revista Cubana*, que fundó el malogrado José Antonio Cortina, y que es una de las mejores publicaciones de su género en castellano. Varona es poeta, lingüista, literato, es un sabio, y completa en el orden natural de la evolución filosófica universal, con respecto á Cuba, la trinidad de que son partes en nuestro desenvolvimiento, el Padre Varela y don José de la Luz y Caballero.

Enrique José Varona representa un personalidad en el grado de su talento, de extraordinaria importancia, que da carácter al pedazo de tierra donde nació, pues refleja su raza, su época y su medio ambiente, justificando que el pueblo que produce capacidad mental como la suya, tiene condiciones para girar en órbita propia, sin que necesite una metrópoli que la impulse, y sin ne-

cesidad de soluciones anexionistas. Al ser confundida la civilización de Cuba dentro de una raza extraña, perdería el carácter peculiar que se revela en pensadores como Varona.

Sn nombre es honra para los cubanos, y en cuanto á las causas que han operado á su evolución política, estamos completamente de acuerdo con su crítico *Isaías*, quien al referirse al gran estudio de Varona sobre el bandolerismo, dice que "es como el proceso frío y severo de la colonización española en Cuba. Si en Cuba lo que avanza es la barbarie, toda la responsabilidad es de la raza dominadora, de la que elabora las leyes y forja las autoridades. Desde este orden de ideas, la guerra cubana fué realmente un milagro social, porque tal nombre merece la manifestación de energía tan poderosa en un medio que tendía á su anulación antes que á su desarrollo. El movimiento intelectual, todo ó casi todo lo que entra en el dominio de la cultura, es obra de la perseverancia y del civismo cubanos. Hay, pues, en Cuba dos grandes fuerzas: una que propende á nuestra degradación, representada por el predominio español, y otra que se le opone, representada por individualidades aisladas, que libran rudo combate por nuestra regeneración. La historia de las luchas de estas dos fuerzas es la historia moderna de Cuba Varona mismo es un testimonio vivo de lo que son esas individualidades. La altura intelectual en que se ha colocado, es obra exclusiva de su esfuerzo. No ha pisado jamás los umbrales de ninguna Universidad nacional ni extranjera; no tiene más título académico que el de simple bachiller en artes; nada le debe á la enseñanza oficial, á no ser el trabajo de rectificar las primeras nociones adquiridas; posee con conocimiento perfecto el latín, el griego, el francés, el inglés, el alemán, el italiano; es tan erudito en literatura española y en literaturas extranjeras como en filosofía, en todo lo cual puede abrir cátedra; conoce además algunas ciencias naturales, habiendo presidido la Soociedad Antropológica; todo esto adquirido en tanto libraba y libra la triste lucha por la vida, sin otros elementos que los que le proporciona su trabajo personal, solicitado por las atenciones de su numerosa familia, estando dotado de un temperamente nervioso, de suyo enfermizo, y habiendo realizado tan prolífica labor mucho antes de haber cumplido cuarenta años. Y este polígrafo eminente es hoy uno de los apóstoles más convencidos que tiene en Cuba la unica solución redentora de todos nuestros problemas: "Cuba para los cubanos."

ÍNDICE

